

SERÉ TUYA

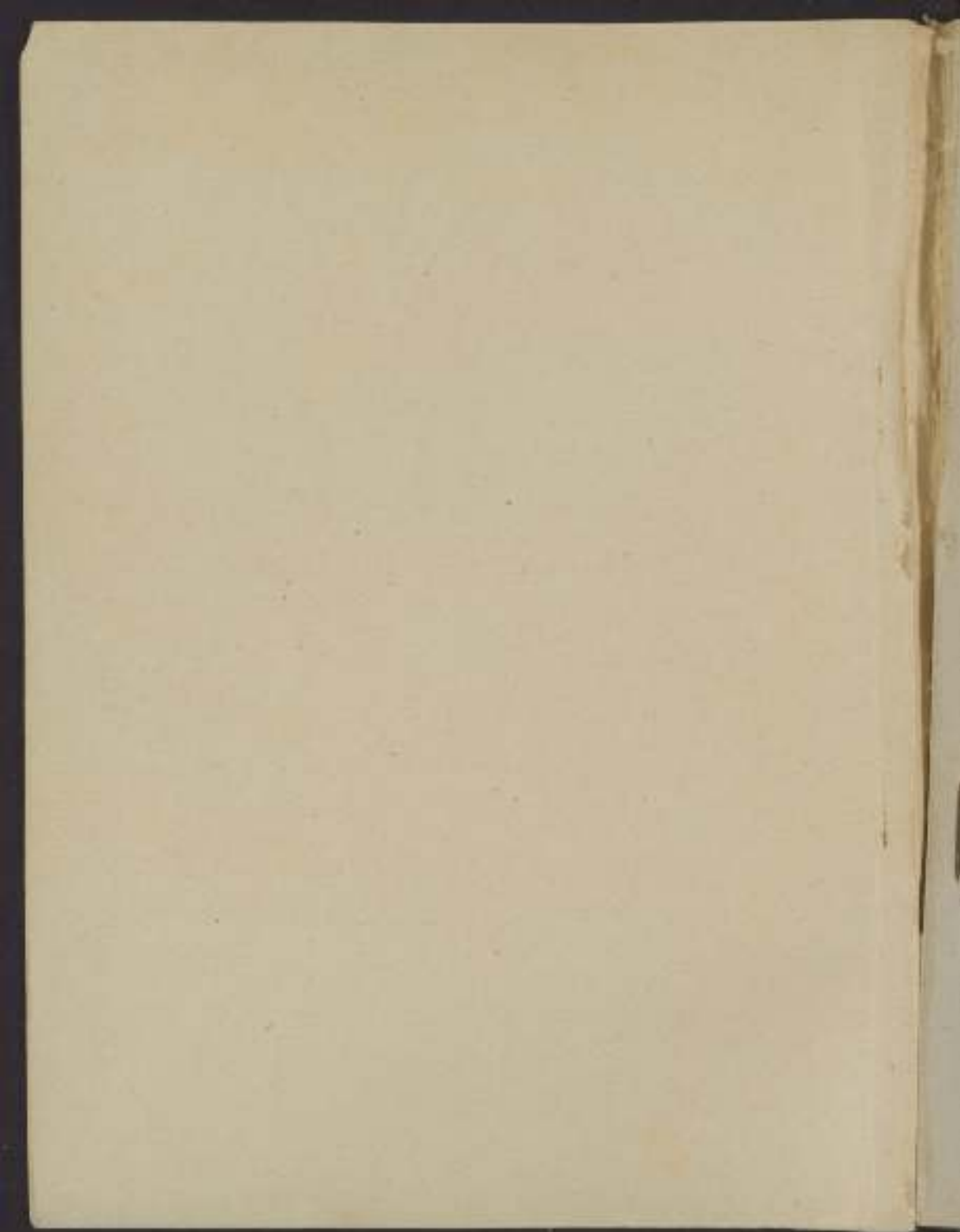


47

Diana
DURBIN

Tom
DRAKE
William
BENDIX





79 (SERÉ) Sel

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

Seré tuya

Deliciosa comedia cinematográfica

Adaptación de una comedia de

FERENC MOLNAR por PRESTON STURGES
FELIX JACKSON y IANE HINTON

Dirección

WILLIAM A. SEITER

Es un film

UNIVERSAL INTERNATIONAL

Distribuido por

FILMÓFONO, S. A.



R 5.996

FICHA TECNICA Y ARTISTICA

Productor: Félix Jackson; Productor asociado: Howard Christie; Marca editora: Universal International; Adaptación de una comedia de Ferenc Molnar, por Preston Sturges, Félix Jackson y Jane Hinton; Jefe de cámara: Hal Mohr; Director: William A. Seiter; Ayudante de dirección: William Holland; Vestuario: Travis Banton; Maquillador: Jack P. Pierce; Decorados: Russell A. Gausman; Figurines: Carmen Dirigo; Supervisión artística: John B. Goodman; Montaje: Otto Ludwig; Música: Frank Skinner; Dirección musical: Walter Schumann; Director de orquesta: David Tamkin

INTERPRETES

DIANA DURBIN, TOM DRAKE, WILLIAM BENDIX, ADOLPHE MENJOU, Walter Catlett, Franklin Panghorn, William Trenk, Jean Fulton, Patricia Alphin, William Brooks

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

S E R E T U Y A

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

La ultramoderna locomotora tomó la curva a una velocidad fantástica y su agudo silbato rasgó el silencio de la noche, despertando ecos incluso en las lejanas montañas. Unos centenares de metros más allá, chirriaron sus frenos y el convoy empezó a pararse, mientras que la máquina resollaba como un pura sangre fatigado después de una carrera victoriosa.

Era aquella una estación insignificante, como las que hay en millares de pequeñas ciudades de los Estados Unidos. Estaba desierta. Las frías luces eléctricas iluminaban el nombre de la ciudad: «Cobleskill.» Soplaban un airecillo helado.

Como si estuviera de acuerdo con

la desolación local, sólo un pasajero se destacó de la estación hacia el tren. El encargado del coche-cama, un negro obeso, miró sorprendido, con sus ojos cargados de sueño, a la linda jovencita que trepaba por la escalerilla de madera que él acababa de poner.

Sin decir una palabra, el negro y la joven se adentraron por el coche-cama. El negro señaló una litera superior, dejó el maletín de la joven en el suelo y desapareció. La muchacha miró consternada en todos los sentidos, buscando un apoyo mediante el cual trepar a la litera. Regresó el negro con otra escalerilla, subió la joven a su cama. Silbó la locomotora. Una sacudida. El convoy ya corría frenéticamente.

te. Y el encargado del vagón se había vuelto a dormir.

Así empezó la gran aventura de Luisa Gínglebush. Sentada en la cama, pensó en la ciudad que dejaba atrás y en la que tenía delante. ¡Nueva York! Se estremeció emocionada y procedió a desnudarse.

Cuando tuvo la cabeza apoyada en la almohada, Luisa lanzó un suspiro de satisfacción y de descanso. ¡Ya estaba hecho! Verdad que tenía pocos dólares en el bolsillo, amén de una carta de recomendación, pero era joven, emprendedora y estaba decidida a triunfar... Poco era, pero era algo.

Todos los ocupantes del coche-cama parecían haberse puesto de acuerdo para distraerla con sus ronquidos: unos eran atenuados, otros profundos, algunos sonaban como si alguien fuera estrangulado. Mulló la almohada y cerró los ojos.

De pronto, sobre todos los ruidos, resonó el llanto de un niño. Luisa corrió la cortinilla de su litera y sacó la cabeza al pasillo. El llanto no cesaba. Era un vagido insoportable, que desveló a varias personas más.

Luisa, apiadada, bajó de la lite-

ra, poniéndose un bañín e investigó el paradero del niño, acompañada del encargado del vagón. El niño estaba perneando en una cama vecina a la suya. Seguía llorando. Todo el vagón estaba despierto y mirando esperanzado a Luisa, que de repente se puso a cantar una nana.

Su voz dulce y bien timbrada no sólo apaciguó al niño, sino que, además de vencer el estrépito del tren, proporcionó un sentimiento nostálgico y puro en los corazones de las personas mayores, que la escuchaban con devoción, admirados de su maestría de cantante.

Al extinguirse la nana, el niño estaba dormido. Luisa lo depositó en la cama donde lo había hallado. En aquel instante, una mujer joven llegó corriendo, alarmada, al lado de Luisa. Cambiaron unas señas y la madre le enseñó un biberón caliente, ya inútil en aquel momento.

Y Luisa regresó a su litera, bastante avergonzada por saberse el blanco de las miradas de todos, pero íntimamente satisfecha de la impresión que había causado, pues su voz era, ni más ni menos, el arma con que pensaba conquistar a Nueva York.



La Estación Central de Nueva York era un verdadero enjambre a eso de la una y media del día siguiente. Luisa se quedó aturdida durante un segundo, pero luego siguió el movimiento general que acababa en una puerta gigantesca.

Por la calle discurría un río de gente. Luisa echó a andar en sentido contrario al de la corriente humana, dando tropezones y recibiendo golpes con despreocupación. Con una mano se aguantaba el sombrero, que el viento se había empeñado en arrastrar, y con la otra empuñaba el maletín a modo de ariete.

En un descuido, el viento logró sus propósitos. Luisa no se dio cuenta de la pérdida, hasta que, en un cruce de calles, notó un golpecito en el hombro. Volvióse. Tenía delante a un hombre de edad indefinible, de figura juvenil y apuesta, que llevaba una barbita. Después, Luisa se percató de que le ofrecía su propio sombrero. Con una sonrisa de agradecimiento, lo aceptó y

ambos se alejaron el uno del otro con un movimiento simultáneo.

Sin saber por qué, Luisa hubo de confesarse que el hombre de la barbita le había causado más impresión de lo que el incidente merecía.

Llegó, finalmente, a las tranquilas calles exteriores de la ciudad. La luna de un bar, en el que unas palabras prometían comidas a precio módico, le recordó que llevaba muchas horas sin probar bocado. Al punto entró en el restaurante.

Éste no debía de ser muy floreciente a juzgar por lo vacío que estaba. Luisa ocupó una mesa, observando a un camarero corpulento, de facciones acusadas y agresivas, que estaba leyendo el periódico con grandes muestras de desaprobación.

A la tercera vez que tosió, Luisa logró atraer la atención del camarero, que se levantó de un salto y ofrecióle la minuta con una presteza que estaba en razón directa de la soledad del local.

—¿Qué desca tomar? — se impacientó el camarero a causa del detenido estudio a que Luisa sometía la minuta.

—Tomaré este guisado húngaro de treinta y cinco centavos y un vaso de leche de cinco, por favor— se decidió, al fin, Luisa.

—¡Cuánto lo siento, pero el guisado húngaro se ha terminado!

—¿Terminado?

—¡Oh, sí! Hace más de una hora. Siempre que tenemos guisado húngaro se nos acaba en seguida.

Luisa volvió a leer cuidadosamente la minuta.

—Entonces, tomaré unas tortas.

—Pues tampoco tenemos. Esas se acaban aún más de prisa que el guisado húngaro—. Y al ver que Luisa cogía de nuevo la minuta, propuso: —¿Qué le parecería un emparedado de pavo con salsa rusa?

—Muy bien, tomaré eso... ¡Oh! Espere un momento. El pavo ese cuesta cuarenta y cinco centavos.

El camarero lanzó un bufido y se sentó a la mesa, en la que se acomodó con una fuerza idéntica a su colega.

—¿Sabe lo que cuesta hoy día criar un pavo? — chilló.

—No, pero yo... — balbució Luisa aterrorizada.

—Puede creerme; hoy cuesta un

capital. Primero hay que adquirir el pavo; luego, hay que alimentarlo. ¿Sabe con qué se alimenta?

—Pues claro...

—Con grano. ¿Y sabe cuánto han subido los granos?... Pues eso no es todo. Una vez que está criado hay que expedirlo a su destino; también hay que cargarle el transporte. Cuando ha llegado la expedición, hay que matarlo y, después, que desplumarlo. Y eso es la parte más barata. Después de matarlo y desplumarlo, ¿cómo va a comerse si no está guisado? ¿Sabe lo que gana un cocinero, aun en un cafetuchito como éste? Pues, créame, un capitalazo. ¿Y qué me dice de la salsa rusa? No supondrá que es Stalin quien nos la regala. ¡Y tiene el valor de quejarse, porque un emparedado de pavo con salsa rusa cuesta cuarenta y cinco centavos!

Hubo una pausa. Luisa estaba abrumada por la locuacidad del camarero; incluso avergonzada por su osadía.

—Mire, lo siento mucho — dijo, al fin, la joven—. Yo no quería meterme con sus salsas ni con sus pavos, pero es que yo... tengo que ajustarme a mis posibilidades y no puedo gastar más que eso.

La explicación pareció ablandar algo al camarero, que se puso en

pie y abrió la minuta por una página determinada, aconsejando:

—Pues, en tal caso, le sugiero que tome un emparedado de hígado de pollo picado que vale treinta centavos. Tiene casi las mismas vitaminas que el pavo, o puede que más.

—Está bien — se resignó Luisa.

—Traiga ese hígado picado de pollo.

—Bien. Tomará el emparedado de hígado picado de pollo — gritó el camarero—. ¿Y para eso discutió tanto? El público es formidable: arma una discusión por los precios y luego... hígado.

Entró en la cocina. Luisa tuvo la impresión de que una tempestad, después de rugir sobre su cabeza, se había alejado hacia otro punto del horizonte, dejándola aturdida, anonadada.

De repente, el ruido de unos pasos la distrajo. Junto a ella pasó un hombre, alto y esbelto, que colgó el sombrero en una percha. Luisa sintió, al mirarle, la extraña sensación de haberle visto en otra parte, lo cual resultaba bastante raro, pues, hasta entonces, jamás había estado en Nueva York.

No obstante, el recién llegado era una de esas personas a las que no se olvida con facilidad. Llevaba una barbita, y su figura juvenil

contrastaba de una manera rara con el apéndice capilar y su aspecto de seriedad.

El hombre miró casualmente hacia Luisa y notó que le estaba observando. Luisa cambió inmediatamente la dirección de sus miradas y el hombre procedió a sacar unos papeles de una cartera de piel y se puso a leerlos. Siempre que levantaba los ojos, encontraba los de Luisa fijos en él, con una expresión de preocupación y de curiosidad. Entonces, se ruborizaba, pasaba los papeles y obraba con gran torpeza.

El camarero regresó con un vaso de leche y un plato con unos bocadillos. De camino hacia Luisa, se dio cuenta de la presencia del hombre de la barbita y, lanzando una exclamación, se sentó a la mesa de él, olvidándose de la hambrienta joven.

—¿Qué hay, amigo? ¿Trajo usted todos los papeles?

—Aquí está todo, listo para que usted lo firme — respondió el de la barbita, entregándole los documentos.

—Venga — contestó el camarero, empezando a estudiarlos—. ¿Doce con cincuenta y dos?... ¿No le parece algo caro?

—Es lo que tiene que abonar.

—¿Dedujo usted los diez dólares

del Ejército de Salvación? ¿Y también el impuesto retenido?

—Todo lo que pude deducir — dijo el hombre de la barbita con impaciencia.

El camarero se acodó en la mesa y lanzó, prudentemente, una mirada en torno suyo. Entonces, bajando la voz propuso:

—Podemos decir que di quince dólares en vez de diez al Ejército de Salvación, ¿eh?

El hombre de la barba levantó los ojos de los documentos y repuso airado:

—Oiga, si usted quiere hacer una declaración falsa, más vale que se busque otro abogado.

—Está bien, está bien — le apaciguó el camarero, aunque de mala gana—. Firmaré. Yo pago los impuestos tan a gusto como cualquier otro... —. Meditó un momento y agregó: — Oiga, ¿y qué hay de los cinco dólares que perdí en las carreras?

—Eso no es deducible.

—¡Hombre, no está mal! — bufó el camarero—. De modo que si pierdo, no es deducible, pero si gano...

—Debe pagar — le atajó el hombre de la barbita.

Luisa, a pesar de su interés por aquella conferencia financiera y la preocupación que sentía por averi-

guar dónde había visto al abogado, sufría un apetito más que regular. Acopiando valor, se levantó de pronto, cruzó la escasa distancia que la separaba de la mesa de la conferencia y cogió el plato de los bocadillos, murmurando una excusa, y regresó a su sitio.

Los dos interlocutores siguieron, como si tal cosa, enfrascados en su discusión. El camarero estaba más que excitado por la anterior contestación del hombre de la barbita y dió una palmada en la mesa, gritando:

—Pero si alguna vez gano, no lo sabrá nadie.

—Si esa ocasión llega, tendrá que buscarse un nuevo abogado.

—No sea usted así — se espantó el camarero—. Si nunca gané nada...

—Esto no es hígado picado de pollo — intervino una voz.

Los dos hombres se volvieron. Era Luisa que había hecho el desahucio expresado por ella, al estudiar el contenido de los bocadillos. El camarero vió llegada una ocasión para destogar su cólera de contribuyente esquilado. Se puso junto a la joven y chilló:

—¿Y qué voy a hacer si se nos acabó el hígado picado de pollo? Este es el de pavo con salsa rusa de que antes le hablé.

—Pero esto cuesta cuarenta y cinco centavos — objetó Luisa, rechazando el plato.

—No se preocupe por lo que cuesta — tronó el camarero—. Ya anotaré la salida de ~~ese~~ emparedado como si fuera de esos de hígado picado de pollo que se terminaron.

Luisa medió se incorporó, replicando:

—¡Oiga! ¡Yo no quiero caridad!

—Me parece a mí que... — intervino el abogado.

El camarero y Luisa le miraron. Los ojos de la joven se entornaron al intentar localizar en su memoria la imagen del hombre de la barbita. El camarero, en vista de que la intrusión del abogado era puramente oficiosa, se lanzó al ataque:

—¡Nadie está hablando aquí de caridad!

—Me parece a mí que la... — tornó a decir el de la barbita.

—Pues no lo quiero — se obstinó Luisa.

—Escuche, señorita — masculló el camarero, haciendo esfuerzos inauditos por contenerse—. Cómase el emparedado y basta ya de discutir más.

Se apartó de la joven con el aire de un triunfador que ha pulverizado a su enemigo. Pero fué detenido en la mitad de su trayecto vic-

torioso por la respuesta de Luisa:

—Le repito que no lo quiero — y se calló, mirando al hombre de la barbita, cuyo rostro se cubrió de rubor al notar el examen.

—El dueño no pierde nada con esto — condescendió a decir el camarero—. Confidencialmente, aquí los emparedados de pavo están hechos de pollo.

—¡Oh, eso es diferente!... — y se acordó de pronto—. ¡El sombrero! Ya sé...

Los dos hombres la contemplaron con alarma y Luisa hubo de explicarles el incidente del sombrero perdido. El hombre de la barbita recordó también y el camarero se declaró dispuesto a hacer las presentaciones. Preguntó el nombre de Luisa.

—Luisa Ginglebush.

—Lusa ¿qué? — se asombró el camarero.

—Ginglebush.

—Señorita, ¿está usted segura? — insistió el camarero horrorizado, por lo visto, de que una joven tan hermosa tuviese un apellido tan estafalario.

—¡Pues claro que lo estoy!

El camarero hubo de convencerse e indicó que el hombre de la barbita, abogado y amigo suyo, como indicó ufano, llamábase Jorge W. Preston. Mientras los jóvenes

estrechaban sus manos, el camarero dijo con aire de lástima:

—Ginglebush... Bueno, pronto o tarde, tendrá usted que cambiar ese apellido y, en tal caso, le aconsejo que no deje de consultar a mi abogado.

—Tendré mucho gusto en servirle — afirmó Jorge.

Obedeciendo una indicación del camarero, el abogado entregó su tarjeta a Luisa, se ruborizó, tartamudeó y se marchó aturullado, dejándoles con la palabra en la boca. El camarero y Luisa se miraron y la segunda comentó:

—No está mal, pero, ¿por qué lleva esa barba?

—¡Oh, no lo sé! El imagina que eso le hace la figura más distinguida.

—Sí, es elegantísimo. Pero debía ir a la barbería a afeitarse.

—Las barberías cuestan mucho. Cincuenta centavos por afeitarse, quince centavos para la propina, diez centavos al chico que le cepilla el sombrero...

—¿Esa que anda también escasa de posibilidades?

—¿El? Si no gana lo necesario para vivir, ¿Sabe por qué?... Porque es de un honradez rayana en el ridículo — bramó el camarero—. Cuando sufre un accidente, desea una indemnización y no se preocu-

pa de quién es la culpa. Pero si le encarga el asunto es capaz de hacerle comparecer ante el tribunal, si la culpa es suya. Y nadie quiere un abogado para perder.

Luisa reflexionó un momento y llegó a conclusiones bastante deplorables. Sus lindos ojos estaban preocupados al fijarlos en el camarero y al preguntar:

—Entonces, ¿con quién trabaja?

—¿Con quién trabaja? — gimió el camarero—. Con algunos inquilinos que están a punto de ser desahuciados. Y yo me pregunto, ¿si no pueden pagar la casa, cómo van a tener dinero para poder pagar al abogado?

Luisa se sentó y se llevaba un bocadillo a la boca, cuando quiso saber:

—¿Y de qué come?

—Pues de ser mi abogado. Sólo de eso.

—Así está de flaco.

El camarero aspiró el aire con fuerza, pero prefirió pasar por alto la observación, y prosiguió:

—Sí, sí; pero está fuerte... Además, algún día tendré mi propio restaurante. Naturalmente, tendré más peitos y comerá con más frecuencia que ahora...

Levantó los ojos hacia un reloj de pared e interrumpió su explicación para exclamar:

—¡Come, come!... ¡Si son las tres menos cuarto!... Tengo que marcharme.

—¡Oh, qué tarde!... Ya no puedo.

Luisa se puso en pie, cogió su bolso y maleta y se preparó para abandonar el restaurante. El camarero la detuvo cogiéndola por el brazo y amonestándola:

—Está bien. Llegará muy tarde. Pero llévase el bocadillo.

—No, señor. No tengo tiempo.

Pero el camarero no le hizo caso. Empaquetó los bocadillos y se los puso en la mano, rugiendo, víctima de un ataque de ira:

—¿Y dice usted que está ahorrando? ¡Lléveselo, que lo paga! Si lo guarda, no lo tendrá que com-

prar luego. Si las personas no comieran, ¿qué pasaría? Que se morirían todas... Además, luego yo no estaré aquí. Ande.

Luisa quedó convencida. Pagó, se bebió la leche y murmuró unas palabras de agradecimiento. Corrió hacia la salida, al llegar a la cual se paró y preguntó al camarero, que se estaba quitando el mandil:

—Si los emparedados de pavo son de pollo, ¿los de pollo de qué están hechos?

El camarero se irguió y respondió con dignidad:

—Perdone. He dado mi palabra de honor de no decirlo.

Dió media vuelta y entró en la cocina.

CAPITULO II

LAS PRIMERAS AVENTURAS

Luisa se detuvo cohibida delante de la amplísima puerta del cinematógrafo. Jamás hubiera supuesto que una sala de espectáculos pudiera ser tan hermosa. Las grandes baldosas de mármol, blanco y negro, se perdían, a lo lejos, hundiéndose en el suelo, hacia las puertas de maderas preciosas. Ríos de gente entraban y salían; personas maravillosamente vestidas, mujeres exquisitas... Luisa lanzó un suspiro.

Dejó la maleta en el suelo, abrió su bolso y sacó una carta. Decidida, se aproximó a un acomodador altísimo y le preguntó por el señor Buckingham.

El acomodador llamó a otro, que hizo pasar a Luisa a una galería, donde la dejó a los cuidados de otro acomodador, éste obró de una manera semejante y, finalmente, completamente aturdida, fué introducida en un ascensor y conducida al despacho del todopoderoso señor Buckingham.

De manera que, al hallarse ante la puerta de la oficina de tal caballero y al empujarla, Luisa estaba en un estado de ánimo muy parecido al del condenado a muerte que va a escuchar el rezo del sacerdote. De aquel hombre tan importante, dueño de aquel edificio inmenso y jefe de una verdadera cohorte de empleados, dependía su futuro.

El señor Buckingham era un hombre de edad medianía, corpulento, de rostro pintoresco, al que prestaban una graciosa expresión unas gruesas gafas de carey. Se levantó del enorme escritorio al que estaba sentado, aceptó la carta de recomendación que le tendía la joven, la leyó, dió la vuelta alrededor de la mesa y ocupó un sillón cercano al de Luisa.

Esta le contemplaba con el alma en un hilo.

—Por ser yo antiguo alumno del colegio de Cobleskill haré todo

cuanto me sea posible en favor de una alumna.

—*Alumna* — le corrigió Luisa, empezando a sentirse a sus anchas. — El lemenino es alumna.

—¿Está segura?

—Sí, he dado en Latín las lecciones de graduación de ejercicios.

—Bueno, tomaré nota de ello, pero no sé si me servirá. Yo no he prestado mucha atención a los estudios mientras estuve en Cobleskill. Me interesaba más la pelota base. Yo era el *catcher*.

—Sí, lo sé; aun hay fotografías del equipo de aquel tiempo. Dicen que aquel equipo fué el mejor que ha tenido el colegio.

La alabanza llenó de placer a Buckingham. Se puso en pie de un brinco y se paseó por delante de la joven, muy excitado.

—¿El mejor equipo? ¡Pues claro que sí! Derrotamos a las escuelas de...

Empezó a relatar sus hazañas deportivas, llegando a sacar de un guardarropas una gorrita de jugador y un bate, con el que hizo unos cuantos malabarismos para demostrar que aun estaba en forma. A continuación cantaron el himno del colegio, acabado el cual el entusiasmo de Buckingham estaba al rojo vivo.

—¡Es maravilloso! ¡Esto me re-

juvenece! Revivo el pasado... ¡Oh, cómo nos divertimos en aquellos días! ¡Y qué equipo teníamos!... Lo estoy viendo, Louie Mann está de tercero, Brook Wells, de primero; Myers juega de segundo. Yo me pongo de *catcher* y su papá de *pitcher*... ¡Cómo tiraba la pelota! ¡Como una bala! Se daba una maña para eso... ¡Buen compañero!...

De repente se apagó su animación, bajó el tono de su voz y preguntó con cierta tristeza:

—Dígame, ¿cuándo fué?...

—Dos meses después de terminar mis estudios. El doctor dijo que no era nada grave. Pero él se dió cuenta. Entonces, fué cuando escribié esta carta y me dijo que se la trajera a usted.

—Es claro..., naturalmente. Comprendo... — se interrumpió y preguntó con simpatía—. ¿Qué han hecho estos últimos meses?

Luisa se lo contó. Habían tenido que vender la tienda para pagar la hipoteca de su casa; hecho esto, sólo les quedaron trescientos dólares; ella sacó cien que tenía en el Banco y... allí estaba.

Buckingham la hizo sentar en un sillón y él volvió a su puesto habitual, detrás del escritorio, sobre el cual cruzó las manos. Pareció meditar un instante y luego inquirió:

—¿En qué quiere trabajar?

—Pues... tenía pensado que... usted tiene que contratar aquí cantantes, ¿verdad?

—Claro, claro — dijo Buckingham y agregó—: Pero, verá usted, yo quisiera proporcionarle algo más seguro, ¿Baila usted por casualidad?

—Sí, bailo muy bien.

—¿Sí? — exclamó el empresario esperanzado.

—He ganado en Cobleskill y Pebleskill dos concursos del vals.

Buckingham hizo una mueca de decepción y se apresuró a explicar lo que necesitaba:

—No, no... Esto es... ejem... al-

go diferente. Son «balletas»... tarará, tarará... como las bailarinas.

—¡Oh, no!... Yo no sé esas bailes.

—¡Es una lástima, es una lástima!... ¡Ah! Tengo una idea... ¿Quiere ser acomodadora? Verá las películas gratis y ganará veinticinco dólares a la semana.

Luisa, que al oír lo de «acomodadora» había puesto mal gesto, al enterarse de la cuantiosa cantidad de dinero que ganaría en tal empleo, sonrió. Jamás hubiera supuesto que se ganara dinero de una forma tan fácil.



Luisa, una noche, estaba en la entrada de la sala de espectáculos de Buckingham, distribuyendo al público, de acuerdo con la letra que llevarán sus billetes, cuando se acercó a ella un hombre corpulento y le tendió su entrada.

Esa el atrabiliario camarero del restaurante de los bocadillos de hígado picado de un ave de corral aun no identificada.

—¡Oh!... ¿Es usted?

—¡Vaya, vaya! — exclamó el camarero, haciendo alto.

—¡Hola! — le saludó Luisa e indicó a una pareja de novios—: Sección B., a la izquierda, por favor.

—¿Para qué hacen ustedes eso? — dijo el camarero, volviendo sobre sus pasos al oír su indicación.

—Para indicar a usted por dónde debe ir. Usted debió ir por aquí y se iba por allá — le informó Luisa, mostrándole el camino.

—¿Y por qué debo ir yo por ese sitio? — se rebeló el camarero.

—Porque así lo manda el señor

Buckingham. Verá, por este sitio...

—Conque sí, ¿eh? — se amoscó el camarero—. Pues diga a ese señor que, si come en mi restaurante, yo recibiré sus órdenes, pero que, si vengo a su negocio, yo soy quien ordena.

—¡Pero esto no es un restaurante!

—¡No sea técnica! — gruñó el camarero—. Cuando vino usted a mi restaurante dijo usted lo que quería comer... ¿o fui yo quien se lo dijo a usted?...

—No, señor. Fué usted. Yo quería guisado húngaro.

—¡Se había acabado el guisado húngaro! Y al señor Buckingham, ¿se le han terminado las butacas?

—¡Oh, no! Tenemos asientos de más, cuando las películas son malas.

—Entonces no hay caso — declaró, ufano, el camarero—. Y como no hay mucho sitio de sobra, me voy por aquí y dígame al señor Buckingham que por ahí va él..., si

quiere ir. Y dígame que tengo un buen abogado.

Momentos después, Luisa fué relevada para que se trasladase a la galería. Junto a una puerta, discutiendo con el acomodador, estaba el camarero, que, al verla pasar, la llamó y dijo:

—¿Dónde está el señor Buckingham? Quiero verle.

—¿Qué es lo que le pasa? — interrogóle Luisa.

—Que no quieren dejarme entrar.

—¿Por qué no?

—Yo no lo sé — respondió el camarero, encogiéndose de hombros—. Y por eso quiero ver al señor Buckingham. Pienso demandarle por un millón de dólares. Y cuando mi abogado conozca...

—Déjeme ver su billete — le interrumpió Luisa; así que lo tuvo en la mano, continuó—: ¡Cuánto lo siento! Este es para el paraíso.

—Naturalmente. La única razón de ir yo al cine, es por fumar. Y el sitio donde dejan fumar es el paraíso.

Luisa, riéndose para sus adentros de su belicosidad, le precedió escaleras arriba, mientras el camarero sacaba su cachimba, la encendía y lanzaba una bocanada de humo. Entraron en la sala, Luisa encendió su linterna y le acomodó en una butaca de un piso inferior.

Desapareció después para acompañar a otros espectadores. Al llegar a la altura del camarero, éste rugió:

—¡Señorita! ¡Señorita! ¡Esto es un asiento de palco!

—¿Y qué puedo hacer si se nos han terminado las generales?—protestó Luisa—. Lo anotaré en los libros como si fuera un asiento de cincuenta y cinco centavos de general. Y, por favor, no me discuta.

El camarero sintióse enmudecido por la energía de Luisa. Esta condujo a varias personas más a sus asientos y, a continuación, se embobó mirando lo que ocurría en la pantalla. La luz de su linterna cayó sobre el rostro del camarero, que aulló en protesta de aquella torpeza.

Luisa, una vez le hubo apaciguado, se sentó en un escalón, al lado del cascarrabias. La heroína era una hermosa rubia que se presentaba en la pantalla, llevando una botella. ¡Un terrible ladrón, pero joven y apuesto, la amenazaba con una pistola (aquí el corazón de Luisa palpó), le arrebató las joyas y, de pronto, olvidado del botín, cogió a la heroína entre sus brazos y la besaba.

Luisa suspiró. Súbitamente, la apasionada escena fué interrumpida por una imagen gigantesca des-

haciéndose contra un acantilado.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó, alarmada, al camarero.

—En la película no están permitidos los besos que duran más de ocho segundos — le respondió su interlocutor, echando una bocanada de humo.

Los episodios de la pantalla volvieron a cautivar la atención de Luisa. El ladrón se mostraba decidido y proponía a la heroína que huyese con él... (Luisa rezó para que no cediese)... La heroína no cedía — era viable que le costaba gran trabajo resistir la tentación — y, por último, informaba al fogoso bandido de que estaba casada.

Luisa oyó un ruido, que la sacó de su abstracción. Era el camarero que, guardándose la pipa en un

bolsillo, subía las escaleras hacia la salida. La joven se precipitó tras él.

—¿Dónde se va usted? — murmuró.

—Me voy al paraíso.

—Pero desde allí no podrá ver ni oír tan bien.

—Precisamente por eso.

Les chistaron y guardaron silencio. Luisa miró con pena a la pantalla donde ocurrían tan interesantes escenas y salió al encuentro de un tropel de personas que en aquel momento desembocaba en el gallinero. El camarero había desaparecido de los alrededores y Luisa no supo si alegrarse o apenarse. Era, en realidad, el único ser que, en Nueva York, podía llamar amigo suyo.

Esperando la salida de las acomodadoras y de las empleadas del cine, había un don Juan juvenil y descarado que las abordaba sin desanimarse por sus continuos fracasos. Como todas le conocían, el asunto quedaba reducido a unos ásperos saludos y a unas breves contestaciones.

El despechado «castigador» vió el cielo abierto cuando apareció Luisa. Dado su conocimiento del terreno y de sus presuntas víctimas, sabía que la joven era recién llegada a la ciudad. Se aproximó a Luisa y le dijo con desparpajo:

—Buenas noches.

—Buenas noches — contestó maquinalmente Luisa.

Aquello fué una ventaja para el defraudado don Juan.

—Hola — dijo inmediatamente —. ¿Busca usted algún caballero, señorita?... ¿Está sola?

—Sí — respondió verdicadamente Luisa.

—¡Eso es formidable!

—¡Oh! Se equivoca — protestó Luisa, comprendiendo su error.

Inmediatamente se alejó de la salida, pero el don Juan, excitado por su parcial éxito, la persiguió.

—Tomaremos un bocadillo y una caña de cerveza, ¿Qué le parece?

—Que... no me gusta.

—No es necesario que sea cerveza.

Y la cogió del brazo. Luisa buscó rápidamente una astucia para verse libre del inoportuno. Y dió con ella. Se desasíó de la mano del «castigador», asegurándole:

—¡Oh, no debe hacer eso!

—¿Por qué? — preguntó el joven, sin amilanarse.

—Pues porque estoy casada.

La sonrisa se borró de los labios del don Juan. Arqueó las cejas y se quedó sin saber qué decir. Luisa aprovechó la ventaja que había obtenido y añadió:

—Mi... mi marido ha ido a empeñar una sortija.

—¡Bonito marido! — gruñó el Casanova en ciernes despechado—.

Deja que su mujer trabaje y él empuña las... las alhajas.

—Hay que hacerlo para comprar leche a los pequeños — excusó Luisa, cuya imaginación se desbordaba.

—¿Tiene hijos?

—Sí. Tres mellizos.

—¿Mellizos? — se horrorizó el «castigador».

La inventiva de Luisa se había agotado en este punto, cuando vio pasar junto a ellos al camarero. La Providencia la ayudaba. Se encaró con el inoportuno y le explicó:

—Ahí viene mi marido. Usted perdone.

Y le plantó para correr en pos del camarero, que, al notar su mano en uno de sus brazos, se detuvo atónito, mientras Luisa le decía:

—¡Querido! ¿Cómo están los pequeños?

—¿Cómo?... ¿Los pequeños? — dijo el camarero, retirándose la pipa de la boca—. Oiga usted... ¿qué está haciendo?

—Ya se lo explicaré luego—dijo Luisa y agregó en alta voz—: Genoveva tiene otro diente.

—¿Genoveva? — dijo el camarero, retrocediendo como si le hubiesen abofeteado.

—Sí, sí... — y continuó, cambiando de acento—. Si me acom-

paña hasta la esquina, no me volverá a molestar.

—Pero, ¿quién la molesta...? — tronó el camarero.

Llegaron a la esquina, donde Luisa soltó un suspiro de satisfacción de alivio.

—Se lo agradezco mucho.

—¿Puede saberse de qué me está hablando?

—Ese hombre... Quería ir a tomar cerveza y bocadillos conmigo. Se me colgó del brazo y tuve miedo. Por eso dije que usted era mi marido.

—¿Y quién es Genoveva? — quiso saber el intrigado camarero.

—La pequeña de nuestros tres gemelos.

—¡Oh! ¿Tenemos tres gemelos?

—Tres, nada menos.

El camarero tragó saliva, hizo un ademán de desesperación e insinuó:

—Y, si no le parece a usted indiscreto, ¿puedo saber cómo se llaman los otros dos?

—Porcia y Lancelot.

—¡Porcia, Lancelot y Genoveva! — exclamó el camarero, como si aquello fuera superior a su voluntad.

—¿Y por qué son los tres niñas?

—Lancelot es un niño.

El camarero se paró y miró de frente a Luisa.

—Señorita, pongámonos de acuerdo. Si tengo un niño alguna vez se tiene que llamar Joe y de apellido Wechsberg. O el muchacho se llama Joe o me vuelvo a decir a ese individuo que nos divorciamos.

Luisa estuvo a poco de soltar una carcajada, pero se contuvo y aceptó el cambio propuesto por Joe, quien se mostró dispuesto a acompañarla hasta su casa, siempre y cuando no estuviera muy lejos.

—Vivo en la pensión de la señora Stugel que está en la calle 47 — se apresuró a indicar Luisa, que simpatizaba con el belicoso individuo.

Este sonrió y comentó.

—¿En la pensión de la señora Stugel? ¿Y sabe la señora Stugel lo de los tres mellizos?

—¡Oh, sí!... Y hasta está loca por Joe.

Joe lanzó una carcajada y emprendieron el camino hacia el domicilio de Luisa. Al llegar a él, Joe y Luisa se sentaron en los escalones de madera que conducían a la entrada. Los ojos de la joven relucían de placer.

—Es agradable estar al lado de un amigo — dijo —. Cuando me apeé del tren, yo creí que no me acostumbraría a esta ciudad. Pero, verdaderamente, no hay mucha di-

ferencia, ¿no es así? En los pueblos pequeños, en las grandes poblaciones, todos procuran ayudarse, ¿verdad?

—Como cuando le di a usted el emparedado de pavo por el precio del de hígado de pollo y usted me metió en el estresuelo por el precio de paraíso, ¿eh?

—Y cuando un caballero me recogió mi sombrero y me lo devolvió. Y ni yo sabía que lo había perdido — y agregó sonadora —: Me gustaría verle sin la barba.

—¿Quién?... ¿El?... Pues no hay gran diferencia. El hombre sin ambición, si no, no sería tan honrado — hizo una pausa Joe y añadió: ¿Usted tiene ambición?

—No.

Joe pareció escandalizado. Se incorporó de la escalera y reprochó:

—Eso está mal. Sin ambición no hay dinero, y sin dinero... no hay propinas. ¿Qué sería de mí si todos pensaran de esa manera?

—¿Usted tiene ambiciones? — le preguntó Luisa.

Joe se sentó de nuevo junto a ella y se echó el sombrero atrás. Sin duda, Luisa había tocado su punto sensible, pues el rostro del camarero estaba iluminado por la esperanza al contestar:

—Claro. No pienso ser toda mi vida un hombre que se limite a ven-

der bocadillos e ir a general a ver las películas. Me propongo tener un restaurante.

Siempre hay un momento de emoción cuando una persona descubre a otra sus más caros pensamientos. Luisa, por su parte, se quedó anonadada y sólo supo balbucir:

—¿Un restaurante?

—Usted, en realidad, no me habrá visto bien hasta que no me vea vestido con mi traje de etiqueta — declaró Joe con simpática ingenuidad—..., sirviendo pechugas de gallina de Guinea con gelatina a señoras escotadas con traje de noche. ¡Eso es vida!

—Sí que lo es — suspiró Luisa.

—El jueves serviré de camarero en una fiesta magnífica que dan en el Savoy-Ritz.

Meneó la cabeza y se sumió en sus pensamientos. Después, prosiguió con entusiasmo:

—Tendría que verme allí. En el sitio donde sirvo, un cuchillo es un cuchillo, y un tenedor, un tenedor. Pero cuando está usted sirviendo en un gran banquete en el Savoy-Ritz, donde hay cuatro cuchillos

para pescado y ocho clases distintas de tenedores y cucharas — se calló al ver la expresión de asombro de Luisa; luego exclamó: ¡No le parecería verdad!

—¿Ocho clases diferentes?

—Ocho clases diferentes — asintió Joe—. ¿Ha comido usted pechugas de gallina de Guinea con gelatina?

—No.

—Pues comerá usted pechuga de gallina de Guinea con gelatina — decidió Joe, súbitamente inspirado—. Verá lo que ha de hacer: esté usted en el Savoy-Ritz a las nueve de la noche del jueves y yo haré que entre.

—¿Cree usted que será posible?

—tartamudeó Luisa, imitando su gesto de ponerse en pie.

—¡Pues claro que lo será!

—¿Usted tendrá un vestido de noche?

—No, no; pero sé de alguien que puede dejármelo.

—¡Estupendo! En estas ciudades no hay diferencia entre los dueños de los vestidos y los que los llevan.

Habiendo pronunciado este juicio con aire sentencioso, deseó buenas noches a Luisa y se alejó con paso vivo.

CAPITULO III

EL MARIDO POSTIZO

El Savoy-Ritz era, aquella noche, el punto de reunión de las personas más selectas de la buena sociedad neoyorquina, como siempre solía ocurrir cuando Conrad Nelson, el prestigioso financiero, daba una fiesta. Elegantes mujeres y refinados hombres bailaban en la pista; grupos de invitados charlaban en el vestíbulo y los camareros cruzaban entre ellos, ofreciéndoles bandejas llenas de exquisitos manjares y sabrosas bebidas.

Luisa entró sin la menor vacilación en la sala reservada por Conrad Nelson y sus ojos recorrieron las caras de sus ocupantes, buscando a Joe. Este estaba sirviendo a una pareja, sentada a una mesa y miró casualmente hacia la entrada.

Joe se quedó sin respiración al ver a Luisa. Alguna bondadosa amiga había prestado a la joven un maravilloso traje negro, que eclipsaba la elegancia de los del resto de las señoras, realzando su

belleza morena de la misma manera que las hojas hacen resaltar la hermosura de la flor.

Murmurando una excusa, Joe anduvo hacia su protegida, que, al tenerle a su lado, exclamó sorprendida, refiriéndose a su frac:

—¿Señor Wechsbert!... ¡Está usted... estupendo!

—No tan fuerte — se alarmó Joe —. ¿Es que quiere que me despidan?

El mayordomo de Nelson se había fijado en el coloquio, bastante fuera de lugar, sostenido entre una invitada y uno de los camareros. Presintiendo que se trataba de una infiltración ajena a la fiesta, se acercó a los amigos y rogó a Luisa:

—¿Me hace el favor de su invitación, señora?

Luisa palideció.

—Mi invi... ¡Oh, sí!... ¡Pues claro!

Joe tragó saliva y contestó con un carraspeo a la mirada de apuro

de Luisa. El mayordomo notó que su subordinado hacía extrañas muecas a la joven. Joe intentaba llamar la atención de Luisa sobre una cartulina que llevaba oculta bajo la azafata. Por último, cuando la tensión ya era insostenible, Luisa descubrió la cartulina y se la pasó al mayordomo.

Una vez estuvieron solos, Joe susurró amenazador:

—Voy a quedarme sin colocación si no tiene más cuidado. Pase sin conocerme. Soy un camarero.

Luisa aceptó la locción y se apartó de él. Pero, poco después, corría en pos de Joe y le preguntaba dando una vuelta:

—¿Qué le parece mi vestido? El señor Buckingham me lo prestó. ¿Me sienta bien?

—Es muy bonito — respondió Joe, que añadió, mirando en torno suyo—: Ahora, siga adelante y mézclese con los invitados. Si oye hablar inglés, sólo sabe francés. Y si hablan francés, usted sólo habla inglés. Si le hablan en portugués...

—No me importaría. Estudié portugués en el colegio.

—No hay que arriesgarse. Y no diga a nadie que su nombre es Ginglebush. Un hombre así no ayuda a la política de buena vecindad.

Una señora llamó a Joe, que acudió al instante. Luisa rumió las pa-

labras de su amigo y, de pronto, se encontró muy solitaria. No sabía qué hacer. Así, pues, tornó a aproximarse a Joe.

—¿Dónde me pongo? — le espetó en voz alta, despertando la curiosidad de los circunstantes.

Joe pareció encogerse y disimuló durante unos segundos. Cuando vio una ocasión propicia, se unió a Luisa, que estaba apoyada en una columna, contemplándole asustada, y le recomendó:

—Pase adentro y siéntese. Yo la veré de cuando en cuando. Pero no hable demasiado. En sociedad, no hay que familiarizarse con los camareros.

Luisa le detuvo y quiso saber:

—¿Cómo distinguiré a los camareros de los invitados?

Joe estaba en el colmo de la desesperación y más que arrepentido de su bondad; por lo tanto, no es de extrañar que rugiera:

—Eso es fácil; los camareros bevan mucho mejor el frac. Vamos, vaya. Márchese, márchese.

Luisa acató sus órdenes, cruzó la sala y anduvo errante entre las mesas, hasta que, en un rincón, cerca de la orquesta, encontró una vacía, de la que se apoderó con un suspiro de alivio.

Mientras tanto, Joe estaba pasando las de Caín. El mayordomo ha-

bía interrumpido sus paseos ofreciendo a los invitados su bandeja y había comentado, mostrándole la invitación de Luisa:

—¿Le encuentro alguna cosa rara a esta invitación.

—¿Usted cree? — repuso Joe, con el alma en un hilo.

—El nombre no está en la lista de los invitados.

—¿No está?

—No. Y me parece que usted sabe algo.

—¿Yo?... ¿Por qué? — dijo Joe; después exclamó—: Claro. Es una de las animadoras. Perdona.

El señor Conrad Nelson era un hombre cincuentón de agradable y atrevido aspecto, cuya debilidad eran las mujeres bonitas. Dispuso el azar que descubriera a Luisa. Dándose cuenta de su belleza y de la soledad que reinaba en su mesa, tanta que estaba contando los cubiertos (había más de ocho por plato: Joe no la había engañado), se dijo que había llegado el momento de que la hermosa desconocida encontrara algún solaz en su arrebatadora presencia.

Por lo tanto, ni corto ni perezoso, se llegó junto a Luisa y le preguntó con suma amabilidad:

—¿Se divierte mucho?

Luisa le estudió. Indudablemente era un camarero, pues llevaba

muy bien su idumentaria. La simpatía de Conrad la animó, aunque, por otra parte, acordóse de las recomendaciones de Joe.

—Sí... — respondió y prosiguió: — Aunque no sé estos bailes. Soy española.

—¿Española? — se rió Nelson—. Perdóneme, señorita. Es usted el prototipo de la norteamericana. Perdona el error. ¿Me permite?

Le pedía permiso para sentarse. Luisa se sintió aterrada. El camarero se estaba portando de una forma original.

—Esto no está permitido.

—¿Por qué no? — exclamó Nelson—. Diga, ¿por qué no?

—Porque... porque... Usted perdonará. En España no se acostumbra. No se atreven a pedir permiso cuando una señorita está sola en la mesa.

—Pero... ¡si no estamos en España! ¿Por qué no me puedo sentar?

—Porque... porque los camareros no deben sentarse con los invitados.

—¡Camarero! — se sorprendió Nelson—. ¿Es que yo soy un camarero?

—Pues claro que sí. Hay que ver lo bien que le sienta el traje.

Nelson se sintió halagado y consuetudado al mismo tiempo. Al fin y

al cabo, no es muy grato que a uno le confundan con una persona del servicio.

—Pero, vamos a ver, señorita: ¿sabe usted con quién habla?

—No.

—Soy Conrad Nelson... ¿Este nombre no le dice nada?

—No.

Aquello fué excesivo para el amor propio de Nelson. Gritó:

—¿Que no? Pues debía decirse-lo. ¡Soy Conrad Nelson, la persona que da la fiesta! Yo invito a estos diplomáticos, embajadores y otros amigos... Yo pago todo lo que se gasta.

En vista de la incredulidad manifiesta, y creciente, de Luisa, se exasperó e indicó con una seña al mayordomo que se aproximara. Inmediatamente estuvo junto a ellos. Luisa se sintió honrada por los ojos burlones y taladradores del camarero.

—Maurice, diga usted quién soy — le mandó Nelson.

—¿No sabe usted quién es? — balbució Maurice.

—Pues claro que sé quién soy, pero ella no. Dígaselo.

—¡Ah, ya sé!... Pues usted es... es el... el señor Conrad Nelson, presidente de la Compañía Americana Exportadora de Carne.

—Dígame más... Dígame quién da esta fiesta.

Maurice lo hizo así. Luisa se encomendó a los Cielos para verse libre del atolladero. Su desgracia iba a repercutir en el pobre Joe, que sería despedido sin pérdida de tiempo. Su amigo había advertido el apuro en que se encontraba Luisa y se había sumado al grupo con paso de lobo, y pudo oír decir al financiero:

—¿Ya puedo sentarme aquí?

—¡Oh, por favor...!

Nelson, sin embargo, tomó asiento, se acomodó en la mesa y dijo:

—Bueno, ¿y por qué no prueba a decirme quién es usted?

—¡Oh! Soy... ¡ah!... pues soy...

Luisa estaba tan aturdida, que su cerebro le fallaba. Nelson frunció las cejas y Maurice se frotó las manos a la expectativa. Pero entonces intervino Joe, anunciando:

—Es una de nuestras animadoras, señor.

—¿Una animadora? ¡Hombre, eso es formidable! — exclamó Nelson. — ¿Y qué hace? ¿Baila, canta?

—¿Cantar? Muy poco... — se excusó Luisa.

—Eso está bien. ¿Qué es lo que estamos esperando? Vamos — la animó el financiero, cogiéndola de

la mano y obligándola a levantarse.

—¡Oh, no! — gimió Luisa.

—No sea usted tan modesta. Está usted aquí para animar, ¿no es cierto?

—Está usted equivocado.

—Tenemos una excelente orquesta — agregó Nelson, sin hacerle caso—. Tocaré lo que usted necesita.

—No necesito ninguna música— protestó Luisa.

—Ande, la llevaré yo mismo.

—No... si yo no quiero ir...

—Pues si usted no va a la orquesta, la orquesta vendrá hasta usted — prometió el entusiasmado financiero.

Y comenzó a hacer señales al jefe de la orquesta. Mientras éste respondía a su aviso, Maurice estaba en la gloria, pensando que no pasaría ni un segundo antes de que se descubriera el engaño de que Luisa les hacía víctimas. Joe rezaba para sus adentros y Luisa temía y deseaba la aparición del jefe de orquesta, que no se hizo esperar. Maurice murmuró al oído de la joven:

—Tiene usted que cantar o, de lo contrario, no volverá a poner los pies aquí.

Entonces, ya dueña de sí misma, segura de su habilidad como can-

tante, Luisa anunció al financiero:

—Está bien; cantaré...

—¡Bravo! — gritó Nelson, que dijo al director—: Quiero que acompañen a esta señorita.

—Sí, señor.

—¿Qué quiere usted cantar?

—¿Conoce usted «Granada»? — preguntó Luisa al músico.

—Sí, señorita — le sonrió el director.

Puestas ya de acuerdo, con gran alajma de Joe, Nelson suplicó silencio a los circunstantes, hecho el cual, dijo:

—¡Señoras y caballeros!... La encantadora señorita... — calló y se volvió hacia Luisa, preguntando—: ¿Cómo se llama usted?

—Pues Gingle... — entonces se acordó de «la política de buena vecindad» y respondió, tras breve vacilación—: ¡Oh, cualquier nombre!

Nelson sonrió a su discreción y vocó de nuevo:

—Señoras y caballeros: la señorita incógnita...

El director levantó el arco de su violín y Luisa rompió a cantar. Lo hizo en español. Progresivamente, fué entusiasmándose y arrebatada por su pasión por la música, se olvidó del lugar en que se hallaba, de su extraña situación, de Joe, de Maurice, de Nelson, de todo; se

apartó de la mesa y poco a poco, mientras su voz se adentraba en el espíritu extasiado de sus oyentes, fué avanzando hacia el centro de la sala, donde la sorprendió la salva de los aplausos de los agradecidos circunstantes.

Luisa y Nelson fueron muy felicitados, la una por su voz, el otro por su descubrimiento. Joe no cabía en sí de puro orgullo y Maurice estaba auténticamente emocionado; tenía los ojos llenos de lágrimas.

Nelson, rechazando los insistentes ruegos de que su protegida volviera a cantar, la cogió de la mano y la arrastró consigo diciendo:

—Venga conmigo.

—¿Dónde?

—No se preocupe. Salgamos de aquí.

Luisa, enviando una petición de auxilio con los ojos a Joe, se vió obligada a seguirle. Segundos después, Nelson encendía las luces de sus habitaciones y abría los brazos, exclamando:

—Bien, ya hemos llegado.

—¿Qué es esto? — gritó Luisa.

—Mi departamento. ¿No le gusta a usted?

—¡Oh! Sí, pero aun estoy algo mareada. El ascensor va tan deprisa.

Nelson, cuya pasión se agiganta-

ba con la soledad, la invitó a ocupar un diván. Luisa, comprendiendo el peligro, se hizo la desentendida y contempló las luces de los rascacielos.

—Sí, es el piso cuarenta y seis — declaró ufano Nelson—. Es el mejor departamento que tiene el Savoy-Ritz. Yo lo tomo siempre que vengo a esta ciudad.

—Es precioso — comentó Luisa, rechazando otra indicación de que se sentara.

Hubo una pausa. Nelson estaba extrañado de su esquivéz. Por lo general las mujeres se le rendían a la primera manifestación de sus propósitos. Luisa, en cambio, le eludía, adivinando que había saltado de la sartén para caer en las brasas.

—¿No me oculta usted nada? — preguntó Nelson.

—¿Qué?

—Su personalidad, por ejemplo.

—No... ¡Oh!... No le entiendo.

Luisa ocupó una silla, puesta en un rincón, donde Nelson no la podía coger por sorpresa. El financiero se paseó por delante de ella, mientras hablaba:

—¿Por qué no me dice la verdad?... ¿Le será más fácil si le preparo el camino?... En primer lugar, quería asistir a esta fiesta. ¿No es así? Es natural. Hay muchos que

desean asistir a ellas. No les critico. Cuando Conrad Nelson da una fiesta, la hace tan brillante, que es una ilusión para cualquiera. En segundo lugar, usted ha oído que... ¡ejem!... que yo era... digámoslo así, susceptible a las mujeres bonitas...

—No. No lo crea usted — le interrumpió Luisa.

—Bien, lo admito — declaró Nelson, algo enfriado—. Cada cual tiene sus debilidades. Y, en tercer lugar, usted disfruta de una excelente voz y creyó que podría confiar en mí para contratarla en alguna buena compañía.

—¡Oh, no! Se equivoca. Yo no he...

—Sí. Lo comprendo perfectamente. Mire. No le hablo en broma, la contrataré.

—¡Ah! ¿Sí?

Nelson estaba delante de ella, irguiéndose y sonriendo contento de sí mismo, apostura que, en su juicio, era capaz de derretir el corazón femenino más duro.

—Sí, y creo que debemos celebrarlo: ¿Qué le parece un poco de champaña?

En las novelas leídas por Luisa el champaña y los hombres perversos iban indisolublemente unidos. Se levantó de un salto y anunció:

—Creo que debo marcharme.

—¡Si acaba de llegar! — protestó Nelson.

Luisa no supo qué decir y se quedó. Nelson telefonó a la gerencia solicitando un camarero. En el mismo instante, sonó el timbre de la puerta. El financiero la abrió y Joe entró en el departamento, preguntando:

—¿Deseaba un camarero, señor?

—¡Es estupendo! Acabo de llamar — se admiró Nelson.

—Especialidad del hotel, señor. ¿Qué toma la señora?

Sacó un lápiz y un papel. Nelson estaba dándole la espalda y Joe lo aprovechó para indicar a Luisa con la cabeza que se marchase en seguida. Pero la joven no le entendía. Nelson respondió a la pregunta de Joe:

—Sírvanos dos botellas de champaña «Treinta y siete».

—Sí, señor — contestó Joe, repitiendo sus señales—. ¿Y la señora?

Luisa había advertido sus gestos. Abrió las manos para indicar su impotencia para escapar de allí y respondió mecánicamente:

—¡Oh!... yo... yo tomaré lo mismo.

¡Cuatro botellas de champaña! Nelson enarcó las cejas sorprendido y luego se felicitó por tener la

buena suerte de que el asunto tomara aquel cariz.

—Bien, suba usted cuatro botellas.

Se volvió de pronto y pilló a Joe en el acto de inclinar repetidas veces la cabeza para animar a Luisa a que se diera a la fuga.

—Pero, ¿qué hace? — exclamó el financiero,

—¡Oh! — se excusó Joe—. Lo ruego que me perdone, señor. Es un tic nervioso.

—¿Ocurre algo para que se ponga nervioso? — dijo Nelson con simpatía—. ¿Le pongo yo nervioso?

—¡Oh, no, señor! Nada de eso.

—Bien. Puede traer el champaña.

—Sí, señor.

—Pero súbalo en seguida.

—Sí, señor, en seguida — afirmó Joe, volviendo a hacer el gesto.

Cuando Nelson cerró la puerta tras él, el movimiento del cuello de Joe se le había pegado. Se domínó con dificultad y tornó al lado de Luisa, diciendo:

—¡Vaya! Creo que el pobre está rematado. Volvamos a nuestro asunto. Siéntese — la hizo acomodarse en el diván y preguntó meloso—: Puesa... ¿qué le parecería a usted trabajar en una comedia mu-

sical en Broadway? La puedo hacer estrella en seguida.

—No quiero ser estrella.

—¿No quiere? — gimió Nelson.

—No. Lo que quiero es... quiero irme a casa.

Nelson intentó contener su ademán de levantarse. Pero, como no podía hacerlo sin ser violetto, siguió su movimiento y balbució:

—Antes vamos a cenar. Acabo de pedir champaña.

—Yo no quiero comer. Ni tampoco champaña.

—Escuche: soy muy rico y me he enamorado de usted. Estoy dispuesto a hacer por usted todo lo que me pida.

—¡Si yo no quiero nada!

Nelson había puesto sus manos en los hombros de Luisa, que procuraba dar con una excusa para huir de allí cuanto antes. Pero el financiero la retenía, diciéndole con voz persuasiva:

—No vuelva a decirme tal cosa. A usted le gustan los vestidos bonitos. Y los sitios elegantes. Por eso ha venido a mi fiesta.

—¡No fué idea mía! — suspiró Luisa, arrepentida de haber accedido a la proposición de Joe.

—¿No fué suya? — chilló Nelson—. ¿Pues de quién, entonces?

Luisa se mordió los labios. Otro paso en falso. Y tartamudeó:

—Poca fué de... fué de... ¡de mi marido!

Las manos de Nelson la soltaron como si quemase, y retrocedió horrorizado.

—¿De su marido? ¿Entonces está usted casada?

—Sí, señor,

—¡Oh, no!... ¡Horrible!

—Lo siento muchísimo — se excusó Luisa, al ver su pena.

—He llegado tarde. ¿Y cómo hizo usted eso?

—No lo sé... Yo... yo... me enamoré y...

Nelson lanzó un respingo de desesperación y declaró con amargura:

—¡Ah, el amor! Los matrimonios prematuros son insensatos: luego viene la desilusión. El muchacho es pobre; la chica quiere mejores cosas: joyas, vestidos, pieles... Yo hubiese podido darle todo eso y mucho más — se detuvo de pronto y exclamó —: Sólo hay una solución: tiene usted que separarse.

—No, no.

—¿Por qué no?

El grito de Luisa había sido, como es lógico, involuntario. Pero, de pronto, había sentido un inmenso amor por aquel marido desconocido, que tanta ayuda representaba para ella en aquel momento. Por

consiguiente, respondió con un temblor de voz, que se podía estimar como debido a la piedad:

—El... él no podría vivir sin mí.

—Ya se acostumbrará — aseguró Nelson con masculina indiferencia —. Claro que tendríamos que ser buenos con él. Después de todo, es un hombre joven que aun la quiere y que ha hecho por usted cuanto le ha sido posible. Eso hay que tomarlo en cuenta. Yo me cuidaré del pobre. No puede usted hacerse la idea de lo bien que se lleva la infelicidad cuando se tiene dinero en el Banco... ¿Qué es lo que hace?

Se detuvo de pronto y clavó sus ojos en los de Luisa. Esta, viendo que tenía que inventar una nueva mentira, farfolló:

—¿Qué... hace?

—El se ocupará de algo — se impacientó Nelson —. ¿O está retirado?

—No, no se ha retirado — se indignó Luisa, sin saber por qué.

—¿Qué es?... ¿Veterinario, dentista, empleado de funeraria, abogado, médico...? Procure darse cuenta de lo que le ofrezco a ese hombre. Un medio de ser rico.

Sin saber la razón, Luisa unió inconscientemente la palabra *rico* con el estado precario del hombre

de la barbita. Y su rostro resplandeció:

—¿Que le ofrece un medio de ser rico? — repitió.

—Eso estoy diciéndole.

—Es abogado — declaró Luisa de golpe.

—Bien, lo averigüé en menos de veinte preguntas — galeó Nelson — ¿Cómo se llama?

Luisa no se acordaba de cómo se llamaba el hombre de la barbita, al que unía caprichosamente a su destino. Lanzando una exclamación, corrió hacia el bolso y leyó la tarjeta que le había dado el abogado días antes, mientras Nelson comentaba:

—¿Tiene que mirar cómo se llama?

—No, no; es que quiero darle su tarjeta — respondió Luisa, apresuradamente y entregándole la cartulina.

—Jorge Prescott, doctor en derecho — leyó Nelson —. Nunca oí tal nombre.

—Porque es muy modesto.

—Bueno, yo puedo emplearle. Le daré trabajo y arreglaré las cosas de forma que él me presente a usted. Luego nos ocuparemos del divorcio. Usted déjeme hacer.

Luisa estaba aturdida por las súbitas decisiones de aquel ciclón humano. Joe se presentó con las bo-

tellas y las copas que, a una orden de Nelson, depositó en una mesita cercana a Luisa. Esta le envió una seña de apuro. Estaba el financiero descorchando una de las botellas, cuando Joe exclamó en tono de respetuosa deferencia:

—Creo que la señora debe marchar en seguida.

—¿Cómo es eso? — tronó, asombrado, Nelson, soltando la botella que tenía en la mano.

Joe se encaró con él y dijo cortés, pero firmemente:

—Le ruego que me perdone, señor. Acabo de ver al esposo de la señora en el recibimiento.

—¿Su esposo? — se espantó Nelson.

—Y con la mirada sinistra, según he apreciado.

Luisa se puso en pie y corrió hacia su abrigo, escoltada por los dos hombres. A Nelson la camisa no le llegaba al cuerpo.

—¡Eso es terrible! — murmuró, y luego preguntó —: ¿Y cómo lo ha sabido?

—Acostumbra seguirme — explicó Luisa.

—No debe verla — tartamudeó Nelson —. Podría creer cualquier cosa.

—¿Y qué podría creer? — intervino Joe.

—Usted no se meta en esto. Már-

chese — Joe no le obedeció, pero él añadió, sin fijarse en ello, para Luis — ¡No salga por la puerta principal. Use la salida de servicio. ¿Cuándo volveremos a vernos? ¿Mañana?

—Mi esposo es tan celoso...

—¡Bah! ¡No se preocupe! Yo me encargaré de él.

A pesar de sus palabras, Nelson la llevó casi en volandas hasta la

puerta, donde le besó la mano.

—¡Adiós, señora...!

—Prescott... Jorge Prescott.

¡Adiós, señor Nelson!

El financiero, una vez se hubieron ido, se apoyó en la puerta y se secó el sudor que bañaba su frente. Después, sirvióse una copa de champaña, que, en aquel momento, no tenía ningún sabor para su paladar.



Luisa se percató de que le ofrecía su propio sombrero.



Luisa volvió a leer cuidadosamente la minuta.



*La luz de su linterna cayó sobre el rostro
del camarero.*



*—¿Y quién es Genoveva?—preguntó intrigado
el camarero.*



—Ocho clases diferentes—amintió Joe.



Joe se quedó sin respiración al ver a Luisa.



—Está bien; cantaré.



—Yo sé la cuestión—replicó Nelson
con melancólica dignidad.



—No puede figurarse lo que he comprado.



Los la remolcaba implacablemente hacia la puerta.



Jorge cedió, pero estaba lleno de amargura.



*—La acompañaré a su mesa—dijo Joe,
sin soltar su mano.*



Joe Heró a Luisa hacia la orquesta.



Luisa cantó las primeras notas

CAPITULO IV

EL HOMBRE DE LA BARBITA

Jorge Prescott estaba arreglando su dormitorio. Su dormitorio estaba en la cocina, que comunicaba con su despacho y la antesala del mismo. Su canción, bastante desafinada, fué interrumpida por una llamada perentoria en la puerta de su despacho.

Como un cliente a aquellas horas — o a la hora que fuese —, era un acontecimiento en su vida, perdió bastante tiempo en ponerse la corbata con nerviosos dedos y en embutirse la americana, después de luchar con unas mangas rebeldes.

El resultado de aquella espera fué que, cuando abrió la puerta, repetidamente golpeada, y dió entrada al señor Conrad Nelson, éste gozaba de un grado de irritación y de petulancia capaz de derrocar los castillos que en el aire habían construido ambos.

—¿Cuántas veces he de llamar aquí? — interpeló el financiero, ob-

servando con aprensión la barbita de Jorge.

—¿Qué desea? — preguntó afablemente éste, estudiando las evidentes señales de opulencia del visitante.

—Diga al señor Prescott que deseo verle. Soy Conrad Nelson.

—Muy bien. ¿Cómo está usted? — saludó Jorge, ofreciendo su mano.

—¿Qué es eso de cómo está usted?... Avise al señor Prescott.

—Yo soy el señor Prescott — respondió Jorge.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Pase? — preguntó Nelson, indicando el despacho.

—Por favor.

Condujo al despacho a Nelson, que ocupó una butaca, a la que previamente limpió del polvo. Apoyó la cartera que llevaba en sus piernas y lanzó una ojeada al estrafalario sujeto que tenía delante. Hubo de confesarse que no entendía el

gusto de las mujeres. Se echó el sombrero atrás.

—Dígame en qué puedo servirle, señor...

—Conrad Nelson. ¿Que en qué puede servirme? Pues voy a decirselo, Prescott: usted es el hombre que busco precisamente. No sé si mi nombre significará algo para usted — hizo una pausa dramática y anunció —: J. Conrad Nelson.

—No.

—Bien — se consternó Nelson —. ¿Conocerá usted la Compañía Americana de Exportación? Yo soy el que dirige y controla todas sus actividades. Soy su presidente y principal accionista. Y he venido a nombrarle nuestro representante legal...

Jorge no dió señales del alborozo que había esperado Nelson. Al contrario, había apretado las manos con tanta fuerza, que los nudillos le blanquearon. Sus ojos centelleaban. Era algo parecido a un castillo de fuegos artificiales de regocijo.

—Usted dirá — agregó, finalmente.

—Pues... no sé qué decirle a usted — contestó Prescott, con una peligrosa lentitud.

—Bien, bien. Me gustan los letrados que piensan las cosas; no esos que van soltando las palabras a la

ligera, Prescott. No me sorprendería verle escalar los altos puestos de la abogacía. Está usted destinado a ese fin.

Jorge se levantó de un salto y se inclinó amenazador sobre el sorprendido financiero, aullando:

—Caballero, es usted muy amable. Tampoco a mí me sorprendería que usted acabase en una celda penitenciaria.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Usted ha creído que soy idiota, señor Nelson?

Este se incorporó ante la patente postura agresiva de Jorge y declaró con un asomo de sangre fría:

—¿Hombre!... Claro que no... ¿Tomarle por tonto? ¿Cree que yo ofrecería a un idiota la representación de una compañía?

—Cuando una firma, que hace al cabo del año negocios de millones y millones, busca un abogado desconocido, es que hay gato encerrado. ¡Váyase, señor Nelson, y procure no dar un portazo cuando vaya a salir!

Nelson retrocedió hasta la puerta, algo defraudado por el recibimiento, y más que asustado por los ademanes de Jorge. En el momento de salir, se entornaron sus ojos ladinos, indicio de que había tenido una idea. Luego, declaró como pensativo:

—He cometido un error muy grande.

—Eso mismo creo yo.

—Yo buscaba un abogado con sentido ético. ¡Qué equivocación! ¡Bah!... Siga con sus clientes ambulantes.

Jorge, exasperado, se interpuso en su camino, gritando:

—Esos clientes ambulantes son muy honrados. Además, ¿qué me reprocha usted de ética?

—Ética implica estudiar todos los lados del caso. Y usted acusa a un hombre de ser deshonesto y le condena sin haberle dado la oportunidad de defenderse a sí mismo. Adiós, señor Prescott.

El astuto financiero había sabido dar a su frase tales visos de sinceridad, que Jorge se sintió avergonzado de sí mismo, lo que contribuyó a que se exacerbase más aún su ira.

—¡Oiga! ¡Espere un momento!

—¡Déjeme salir!

—¿Duda usted de mi integridad?

Nelson hizo un ademán de gran dignidad y replicó:

—¡Hombre, ahora eso! ¿No me acusaba de traer gato encerrado?

—Bien, bien. Posiblemente le juzgué mal, señor Nelson.

—Eso creo yo también.

—Le ruego que me perdone. Siéntese y dígame cuanto tenga

que exponer. Luego... le echaré a puntapiés—Nelson retrocedió, presto a huir, pero Jorge le detuvo y agregó —: ¿Quiere usted sentarse o tendré que sentarle a la fuerza, señor?

—Yo desprecio a los que usan la violencia — declaró Nelson, muy pálido.

—Y yo también. ¡Pero ahora quiero que se siente!

—Diga, «por favor».

—Por favor.

Nelson se acomodó en un polvoriento banco de madera, adoptó un aire de hombre del gran mundo y comenzó a explicar:

—Bien. Cuando yo era joven...

—No necesito escuchar la historia de su vida. ¿Para qué quiere contratarme? Esa es la cuestión...

—Yo sé la cuestión—replicó Nelson con melancólica dignidad—. Pero, a fin de aclarársela, tengo que referirle la historia de mi vida. Por lo tanto, ¿quiere usted escucharme o no?

—Le dije que sí. Le dije que le escucharía y lo haré.

—Bueno, entonces cálese y déjeme hablar. Cuando yo era joven, era pobre —refirió el astuto financiero—. Y sólo llegué al puesto que hoy tengo a través de una tremenda lucha. Y ahora que he llegado, tengo que admitir que arrullé

implacablemente a mis competidores. Tanto, que he empezado a sentir remordimientos de conciencia social...

Nelson advirtió, con alivio, que Jorge caía en el garlito. Hubo de hacerse a un lado para que el estrafalario hombre de la barbita se sentara junto a él. Con un contenido suspiro de satisfacción, prosiguió:

—Encuentro que... algunas cosas de las que la compañía ha hecho... En fin, no han sido legales. Nos hemos movido dentro de la ley, ya me comprende; pero... algunos engaños lícitos, algunos abusos...

—Entendido—le cortó Jorge, con creciente simpatía.

—Verá... Al cumplir cierta edad... no es que yo sea viejo... se empieza a considerar las cosas y se desea reparar las malas acciones. ¿No le molestará esta confesión, señor Prescott?

—No, no; no lo crea. Siga, siga usted — le animó, interesado, el joven.

—Pues...

—A propósito de esa confesión, siempre pensé que si se pudieran armonizar los intereses del capital y del trabajo y, uniéndolos, hacer que se comprendiesen el uno al otro...

Nelson no estaba allí para escu-

char conferencia sociológica. Se levantó, imitando el movimiento del preocupado joven, a quien interrumpió apresuradamente:

—Exacto, exacto. Ahora quisiera cambiar todo. Pero, ¿cómo? No puedo despedir a los abogados que han utilizado tales tácticas. Han trabajado bajo mi dirección y, realmente, me considero mucho más responsable. Si prescindiera de ellos, después de tantos sacrificios, sería un hipócrita. He aquí mi dilema.

Jorge le sonrió. Sentía ya una profunda simpatía por el truhán. Mientras hablaba éste, habían regresado a su despacho. Nelson se sentó al escritorio y animó a Jorge a que lo hiciera en la butaca reservada a los clientes. Continuó diciendo:

—Pensé y volví a pensar. Y encontré la solución. Buscaría un abogado honrado, uno que fuese pobre por su acrisolada honradez, le pondría al frente de mi consejo y él lo arreglaría. No pretendo que las cosas cambien en un día — palló, temiendo las consecuencias de sus palabras—. Pero gradualmente, sin prisas, año tras año, él podría hacer que las cosas fuesen mejorando. Durante seis meses largos, he buscado ese hombre. Finalmente, por eliminación le he encontra-

do a usted. Por eso llegué aquí esta mañana, con la esperanza de conseguir de usted... ¡Y cómo me ha recibido!

Jorge humilló la cabeza por unos momentos. Cuando la levantó, estaba intensamente ruborizado.

—Señor Nelson, yo... estoy avergonzado de mí mismo. Yo... sólo puedo decirle que será para mí un orgullo el trabajar para un hombre como usted.

—¿Usted haría eso? — preguntó Nelson con severidad.

—Sería un honor — respondió Jorge modestamente.

Nelson no desaprovechó la ocasión. De la cartera sacó un contrato y dos copias, que Jorge, fiado en la palabra del financiero, no se molestó en leer, y después le entregó un cheque a cuenta de sus futuros emolumentos. Al leerlo, Jorge casi se desmayó.

—¿Cinco mil dólares? — suspiró incrédulamente.

—Sí. Es un mes de sueldo anticipado... Y ahora caigo. ¿Tiene usted coche, señor Prescott?

—¿Coche? No.

—Pues comprese usted uno. A lo mejor tiene que hacer largos viajes en automóvil por mis negocios. Y se hacen mejor que en tren.

—Así lo haré.

—Bueno, ya está todo arreglado. Me marchó.

Se estrecharon las manos y Jorge le acompañó hasta la puerta. Cuando tenía ésta medio abierta, Nelson, como quien recuerda de pronto algo muy importante, se encará con el abogado y dijo:

—No es que me importe mucho, pero, ¿no habrá algo de anormal en su vida privada?

—¿Mi vida privada? — murmuró Jorge consternado.

—La compañía es algo puntillosa en ese punto — le avisó austera-mente Nelson—. Lamento ser indiscreto. Pero tiene usted aspecto de estar preocupado o nervioso.

—En efecto, he de admitir que no marchan bien las cosas.

—Sí, comprendo; la eterna historia — suspiró Nelson—. Dificultades domésticas, sin duda. Pero, al cambiar las circunstancias...

El financiero conocía ya el por qué Luisa se presentaba subrepticiamente en los hoteles elegantes. Ser tan hermosa y joven y vivir en medio de aquella miseria. Jorge carraspeó y respondió con franqueza:

—Puedo asegurarle a usted, señor Nelson, que todo irá perfectamente. Ya sabe lo que es el dinero cuando no se tiene.

—Sí, y le diré mi opinión. Mi principio para arreglar los asuntos

es atacar la causa, aunque sea penoso...

—Sí lo es.

Nelson pensó que Luisa ya estaba rescatada del poder de aquel energúmeno. Lleno de placer se despidió de Jorge, que no encontraba palabras para expresar su agradecimiento. Pisaba el financiero el umbral, cuando Jorge exclamó:

—A propósito, señor Nelson, ¿cómo se le ocurrió a usted fijarse en mí?

Nelson se pasó la mano por la boca, maldiciendo la curiosidad de su nuevo abogado y, tras algunas dificultades, expresó:

—Pues veré, hubo un caso de usted que leí en la Prensa... En realidad, no recuerdo bien. Usted podría ayudarme a recordarlo.

—No quisiera desilusionarle — contestó Jorge, ruborizado —, pero el único importante ha sido el asunto Bronson — Keis.

—Ese es precisamente. El asunto Bronson. La forma en que lo llevó fué magnífica. Una gran victoria.

—Pero sí... si yo lo perdí.

—¿Lo perdió? — tartamudeó Nelson, que inmediatamente se recobró. — ¡Pero cómo lo perdió, señor Prescott!... ¡De un modo admirable!

Cerró la puerta de un tirón y se detuvo en el descansillo de la es-

calera para tomar aliento, que buena falta le hacía. Al emprender el descenso, chocó con una jovencita que subía. Ambos lanzaron un grito de asombro. Era Luisa.

—¿Qué hace usted aquí? — murmuró Nelson.

—Pues nada... que... regreso a... casa.

—No entre usted ahora ahí. Vámonos a algún sitio — propuso Nelson cogiéndola del brazo.

—No puedo — contestó Luisa, soltándose —. Está esperándome.

—Le tiene miedo, ¿verdad, pobre niña? — dijo Nelson enternecido por el recuerdo de lo ocurrido en el despacho —. No me extraña. También a mí me asustó. No hablémos de él... Todo va saliendo bien.

—¿Hablaron de mí? — quiso saber Luisa con el corazón en un puño.

—¡Claro que no! Ni él la nombró, ni yo tampoco... Debe de ser terrible tener un marido tan bruto como ese... Pero no le preocupe.

Intentó besarla. Luisa le esquivó, afeándole su imprudencia. Nelson consideraba rendida la fortaleza.

—¿La veré mañana? El tendrá que hacer. Yo me ocuparé de eso.

—No lo sé... Tengo que entrar.

—No, no. Dijo usted que nos veríamos.

Gritó la frase. Luisa le chistó y se quedaron un momento callados, observando la puerta del bufete. Nelson volvió a la carga.

—Pues no me voy... hasta que lo prometa.

—Está bien.

—Mañana en mis habitaciones. A las nueve — puntualizó Nelson.

—¿Tiene que ser en sus habitaciones? — dijo Luisa con aprensión.

—Naturalmente que sí. A menos que...

—Está bien. Allí estaré. Ahora, por favor, váyase.

Nelson depositó otro de sus apasionados besos en la mano de Luisa y bajó las escaleras con el paso vivo y alegre de un estudiante. Luisa respiró hondo, antes de decidirse a posar la mano en el tirador de la puerta del despacho. Cuando la iba a abrir, brotó a través de ella Jorge, que chocó con la joven.

—Lo siento; perdóneme usted— suplicó el hombre de la barbita y, reconociéndola, añadió—: Yo..., por favor, pase usted, ¿quiere?... Yo... yo... tengo que... Espere un momento.

Y se separó de ella como alma que lleva el diablo. Luisa entró en el bufete y la dominó el terror al leer los copiosos letreros que, en las paredes, proclamaban la necesi-

dad de ser veraz y honrado en la vida. Por primera vez, Luisa se percató de la importancia y peligro de la situación creada por su imprudencia.

Regresó Jorge con un paquetito, cuyos cordeles se empeñaron en no ser desatados. Luisa se hizo cargo de esta tarea con dedos más seguros, mientras Jorge revoloteaba nervioso a su alrededor, diciendo:

—No puede figurarse lo que he comprado. Una cosa que descé toda mi vida.

Y extrajo de la cajita una maquinilla de sacar punta a los lápices. Cogió uno de éstos y empezó a afilarlo, mientras Luisa sostenía la maquinilla. Terminada la operación, Jorge dijo con orgullo:

—¿Ha visto una punta como ésta?

—Preciosa — respondió Luisa.

—No se da usted idea de cuánto tiempo va a ahorramme — dijo Jorge muy excitado —. Claro que tomaré una secretaria que hará otras cosas, pero... pero las puntas... los lápices me los afilaré yo mismo. ¿No sabe lo que ha sucedido hoy?

—Sí... ¡Digo... no!

Jorge se encargó de explicarle su nombramiento de consejero legal de Nelson y el sueldo fabuloso que recibía. Luisa sintió la sensación de

haber cometido un crimen, cuando él declaró con entusiasmo:

—Tengo la satisfacción de haberlo conseguido sin hacer nada denigrante. No lo he conseguido mintiendo, ni inventando patrañas ni contando historias a los jefes.

De pronto, se percató de que estaba hablando con una desconocida, que tendría sus razones para haberse presentado en su despacho. La sonrisa se borró de sus labios, indicó a Luisa que tomara asiento y, haciendo gala de su acento más profesional, preguntó:

—¿A qué debo el placer de su visita, señorita... señorita?...

—Ginglebushet — le auxilió Luisa.

—Sí, eso es... ¿Qué? ¿Se ha decidido?

—No lo entiendo.

—Le diré qué vamos a hacer. Cogere la lista de teléfonos y la abriré al azar. Vamos a ver...

Buscó la lista de teléfonos, pasó varias páginas con la vista puesta en el techo del despacho y, en tanto que Luisa le contemplaba con un aire poco halagador para su conducta, clavó su índice en una de las hojas.

—Layton — leyó Jorge—. No, eso no suena bien.

Finalmente, la extrañada Luisa osó indagar:

—¿Qué está usted haciendo?

—Buscándole a usted un nombre.

Luisa abandonó su sillón de un brinco.

—¡Pero si yo ya tengo nombre!

Jorge se incorporó lentamente e hizo una mueca de apuro.

—Sí, ya... Gingle... — y entonces se percató de la temeridad de su juicio y preguntó: —¿No fué a eso a lo que vino usted?

—¡Oh, no!... Yo he venido...

Durante un segundo Luisa se quedó callada, sin saber qué aclaración dar a su inesperada presencia en el despacho de modo que sonara convincente a oídos de un hombre tan austero y honrado como el de la barba. Este la miraba sorprendido. Luisa no tuvo otro remedio que aceptar la excusa que, inconscientemente, le ofrecía el abogado.

—¡Oh!... Yo... sí, eso es — declaró por fin.

—Me lo figuro — replicó Jorge, introduciendo los pulgares en las arias de su chaleco, dándose importancia—. Le explicaré a usted. Un cambio legal de nombre es una cosa muy sencilla y cuesta muy poco. Mejor dicho, es...

Enmudeció aturdido y casi subyugado clavó sus ojos en los de Luisa. Tantas cosas en un día... Un

sueldo estupendo y una jovencita bella en su vida. Lo cual implicaba el comienzo de una nueva existencia. Sacó los dedos de las aissas del chaleco y, cuando habló, volvió a ser un hombre joven, agradecido y excitado.

—Bueno, de ahora en adelante, yo me ocuparé de sus asuntos sin cobrar nada.

—Es usted muy generoso, pero yo...

—Eso no tiene importancia. Tendré un placer en ello, señorita Gingle... — aquí se atascó.

—...bushier — completó Luisa.

—...bushier... — y exclamó súbitamente—. ¡Oh, perdóneme! Pero éste es el día más feliz de mi vida. Hace una hora no tenía nada y ahora tengo dinero, posición y... ¡voy a comprar un coche!

Se calló inesperadamente y hundió las manos en los bolsillos de

los pantalones. Casi había palidecido.

—¡Un coche!... ¿Cómo... cómo se compra un coche? ¿Usted no ha...?

—No, no. Pero yo... yo creo que se debe comprar como... como un lápiz... como compró esto — contestó Luisa, señalando la maquinilla de sacar punta a los lápices.

—¿Quiere hacerme el favor de venir conmigo? — suplicó Jorge, asustado de su atrevimiento en aquel día—. Hay algo extraordinario en eso de haber venido hoy a mi oficina, ¿No lo cree así? ¿No cree usted en el destino?

Luisa hubiera creído en todo lo que le propusiera Jorge, porque aquel instante representaba la consecución de uno de los más caros deseos de su vida. Con el rostro radiante, cruzó el umbral de la oficina del abogado y bajó las escaleras, seguida por él.

CAPÍTULO V

¿NO ME LLAMARAS?

El automóvil rodaba majestuosamente, salvando las dificultades del tráfico, y todos y cada uno de sus múltiples reflejos parecían heraldos de la dicha de su conductor, Luisa, acomodada a su lado, le observaba de soslayo, diciéndose que el traje azul marino recién adquirido le sentaba a las mil maravillas.

Jorge estaba ajeno al examen de que era objeto. Todos sus músculos palpitaban al atenuar el volante entre sus dedos y cada vez que hacía sonar el claxon, cosa que acontecía cada dos minutos, se le antojaba escuchar el clarín de la victoria.

—Mi claxon suena más que ése —aseguró por centésima vez.

Luisa se rió y comentó:

—Me da usted la sensación de un... niño con un juguete nuevo.

Jorge se volvió para mirarla, olvidándose por primera vez del automóvil. El airecillo del mediodía agitaba los rizos de Luisa y un dé-

bil perfume llegaba a su olfato. Estaba embriagado.

—Eso precisamente quisiera ser —aseveró, tras una pausa—. Verá usted; en realidad, nunca fui niño.

—¡Oh!... ¿Es que nació con esa barba? —comentó Luisa y luego chilló—: ¡Mire por dónde va!

Jorge tuvo el tiempo justo para evitar una colisión con el vehículo que le precedía. El incidente le hizo reír.

—¿No tiene confianza en mí? —preguntó.

—Sí, pero hay que tener más cuidado, señor Prescott.

—¿Señor Prescott? Somos amigos. Tiene que llamarme Jorge.

—Bien, lo intentaré... No sé, con esa barba...

Jorge hizo sonar el claxon y comentó:

—Escuche, es la segunda vez que menciona mi barba. ¿Qué pasa con ella?

—¡Oh, nada! —respondió Lui-

sa, frunciendo su naricilla—. No es nada. Pero, con esa barba, me impone respeto.

—¿Quiere usted que me la afeite? — inquirió Jorge, después de breve reflexión.

—¡Oh, no me haga caso! Es que creo que le hará mucho más joven.

—¿Joven? ¡Si quiero parecer más viejo! — protestó Jorge.

Luisa se hundió en su asiento, antes de asegurar con burlona melancolía:

—Pues entonces ha conseguido su propósito. Parece tener sesenta años.

Esta apreciación de su edad, hizo dar un brinco a Jorge, que, alzando las manos del volante, gritó:

—¡Sesenta!

—No suelte el volante — le advirtió Luisa.

Y cerró los ojos. Un parachoques había salido ileso por puro milagro.

Una vez más se demostró el axioma de que no hay mejor manera de alcanzar las cosas que deseamos que la de emplear el arma de la ironía. En tales casos los hombres están a merced de su interlocutor, en especial si éste es mujer y bonita por añadidura.

Diez minutos más tarde de esta conversación, Jorge ocupaba un sillón en su peluquería habitual y,

después de contemplar con tristeza en un espejo el apéndice capilar que estaba decidido a sacrificar, ordenó al barbero:

—¡Afeitela!

El peluquero cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, gritó:

—¡No! ¡Qué escándalo! Es criminal, se lo aseguro.

—¿Cree usted que lo es?

—¡Claro que sí! Es una magnífica barba. ¿Por qué... por qué no se lava la cabeza en lugar de afeitarse?

Le entregó el espejo de mano y Jorge se acarició pensativo la barbita. Cuando levantó la vista, vió, a través de la luna del escaparate, a Luisa que le aguardaba paseándose. ¡Sesenta años...!

—¡Oh!... ¡Afeitela!

—No. ¡No quiero! ¡Toda mi vida cuidando una barba como ésta! — y agregó, al notar la dirección de las miradas de Jorge—: Además, le aseguro que si yo fuera usted, no habría mujer que me hiciera afeitarse. ¡No, señor!

—No ha sido ninguna mujer. Es idea mía.

El peluquero señaló a Luisa acusadoramente y dijo:

—Pues yo apostaría cualquier cosa que ha sido su hija.

—¿Mi hija? — tronó Jorge, mirando a Luisa—. ¡Afeitela usted!

La operación de extirpar la barba del rostro de Jorge fué bastante larga. Oscurecía cuando abandonó la peluquería. Luisa estaba contemplando el escaparate de una tienda de flores, cuando el joven, con el corazón en un puño, la abordó y preguntó indicando una exquisita orquídea:

—¿Le gusta?

Luisa le desconoció. Lanzóle una mirada desafiante e intentó alejarse. Jorge se rió y protestó:

—Soy yo... ¿Le gusta? Espérese.

Antes de que se recobrase de su asombro, Luisa le vió entrar en la tienda y comprar la orquídea.

—¡Jorge! —murmuró Luisa, sorprendida y agradecida.

—Soy yo. ¿Cómo estoy?

—Muy bien — respondió Luisa, diciéndose que nunca había visto a un hombre tan guapo.

—¿No cree que me harán detener por inmoral?

—No habrá nadie que le diga que no ha hecho bien afeitándose. Claro que sin barba y con ese traje es otro hombre.

—¿Usted cree? — exclamó satisfecho.

—¡Júzguelo usted mismo.

Luisa le hizo mirarse en un espejo colocado en el escaparate de la tienda de flores. La pulida superficie abarcó la figura de ambos, co-

mo uniéndolos. Ambos se percataron de ello y se quedaron silenciosos y extasiados. Jorge comentó, al fin, con esfuerzo:

—No está mal. ¡Como que no estoy seguro de ser yo!

—Pues claro que lo es, sólo que ha estado usted camuflado mucho tiempo.

—Puede que tenga usted razón. Oigame, Luisa, hacemos una pareja muy bonita usted y yo, ¿no le parece?

Luisa se apartó ruborizada de delante del espejo y contestó:

—Regular.

—¡Regular tan sólo! Bastante más que regular — defendió Jorge.

—Yo con mi traje y usted con esa orquídea...

—¡Oh, no!...

—Sí, ¿Qué le pasa? — preguntó Jorge, al notar que ella se estremecía.

—Que... nunca tuve una orquídea como ésta — mintió Luisa.

—Yo tampoco había comprado ninguna.

Y todo lo que las bocas callaron, lo dijeron los ojos en un instante.

Cuando entraron en el parque, el sol del ocaso daba un aura romántica a la dulce belleza de los árboles y de las plantas. Anduvieron callados un buen rato, hasta que Jorge se echó a reír y exclamó:

—Es gracioso.

—¿Qué es gracioso? — inquirió Luisa arrancada a su abstracción.

—Graciosísimo. Toda mi vida he deseado comprarme un coche, por fin logro tenerlo y, de repente, descubro lo agradable que es pasear.

Jorge la cogió del brazo sin que Luisa opusiera resistencia.

—¿Es que antes no había paseado?

—Sí, claro, claro. Pero no en semejantes circunstancias. Apostaría que con usted resulta agradable hasta ir en el metro.

—No en horas de apreturas.

—Especialmente en esas horas— aseguró Jorge y después se quedó cortado.

Cuando se hubo recuperado de los efectos de su osadía, suplicó:

—Perdone, estoy diciendo muchas tonterías.

Luisa no respondió. Llegaron a un lago surcado por numerosas canoas. El agua estaba dorada por el sol. Pudieron percibir el murmullo de las parejas de los enamorados que ocupaban las embarcaciones y exhalaban a unísono un suspiro.

Jorge, que decididamente se portaba de una manera atrabiliaria, se encontró diciendo:

—¿Le gustaría dar un paseo en lancha?

—¡Oh, no! No estoy cansada.

—Yo tampoco estoy cansado. Lo decía por...

Luisa entendió. Lo decía por el «escenario». Aceptó navegar en una lancha. Poco hablaron. Era, en realidad, innecesario. Ambos estaban sedientos de cariño y de compañía, de los lazos que dulcifican las ásperas cosas de una gran ciudad, y el estar el uno al lado del otro bastaba para llenarles de la inmensa armonía en que parecía sumergido el parque entero.

Cuando el automóvil se detuvo sin ruido ante la puerta de su casa de huéspedes, Luisa se encaró con Jorge. Tenía que despedirse, pero algo la retenía junto al joven. Estaba segura de que se verían todos los días y, sin embargo, la simple acción de saltar del coche adquirió en su espíritu la importancia de una despedida para mucho tiempo de ausencia.

—Gracias por este maravilloso día. Bueno... Yo... creo que es mejor que me vaya.

—Sí, también me lo parece—respondió Jorge sin moverse.

Luisa estaba ahorrrojada a su aliento y buscaba una excusa para prolongar la situación, suave y peligrosa al mismo tiempo.

—Porque... es tarde y... me encuentro cansada.

Se acordó súbitamente de Nelson

y del doble juego de su existencia. Estaba engañando a Jorge, aunque en aquel momento fuera tan sincera como nunca lo había sido en su vida. Arreglar antes todo y después...

Jorge se inclinó hacia ella y Luisa esperó. Una inquilina de la casa de huéspedes pasó junto al coche, enviándole una mirada de reprobación. Jorge apretó un botón y la capota del automóvil se corrió silenciosamente.

Cuando saltaron del auto y subieron las escaleras que daban a la entrada de la casa, ambos eran inmensamente felices. Jorge cogió las manos de Luisa y la contempló con intensidad. Luego, exclamó:

—Te has olvidado de una cosa.

—¿Qué?

—El asunto legal nuestro. Tu cambio de nombre.

—¡Ah, sí! Ya hablaremos de eso.

—Luisa, ¿te gustaría llamarte Prescott?... Yo te quiero, Luisa.

La lealtad de Luisa se sublevó entonces de golpe y casi se sintió horrorizada de sí misma.

—Puede que no me quieras... Debo decirte, Jorge. No soy perfecta.

—Bueno, tampoco yo. Estamos iguales los dos.

—Quisiera hablar contigo—anun-

ció Luisa, decidida a poner todo en orden.

—Muy bien. ¿Qué te parece mañana? ¿A qué hora puedo verte?

—Mañana trabajaré todo el día. Llámame al cine. Hoy era mi día libre.

—Yo también tengo una reunión de directores mañana noche. Mi primera reunión. No me será fácil librarme de ella. Pero podemos vernos más tarde. ¿Dónde puedo verte?

Luisa se acordó de Nelson y lo que con él había concertado.

—Pues... no lo sé... En realidad, no lo sé.

—Entonces, ¿te llamo?

El aprieto de Luisa se acrecentó.

—No, es que... tengo una cita.

Hubo algo en el acento de Luisa, que indujo a Jorge a soltar sus manos.

—¿Y no podrías faltar?

—No, no. Quedé de acuerdo en verle a él mañana.

Jorge se irguió. Los celos vibraban en su voz al insistir:

—¿A él?

Luisa comprendió lo que pasaba por su espíritu.

—No tiene importancia —aseguró—; no es nada para mí. Pero... no puedo faltar.

—¿No es nada, pero no puedes faltar a la cita?

Luisa estaba desesperada. ¿Y si lo explicara todo en aquel momento? No, sería un error, Jorge jamás creería en la pureza de sus motivos. Cimió:

—No. No es eso. Te explicaré todo esto... luego,

—No es necesario que me expliques nada — afirmó Jorge con sequedad—. No tiene importancia. Acabas de conocerme. Casi no nos conocemos todavía.

Luisa le cogió del brazo en un vano intento de retenerle.

—Por favor, no hables así.

Pero Jorge se desasí de un brusco tirón y bajó corriendo las escaleras. La voz de Luisa le persiguió hasta el coche.

—Yo lo siento mucho... De ve-

ras. No he querido molestarte ni ofenderte, créelo.

Jorge cerró la portezuela con estruendo y, mientras hablaba, puso el automóvil en marcha:

—Yo también quisiera que fuese así. Pero, por lo visto... En fin, gracias por este día maravilloso. Buenas noches.

—¿No me llamarás? — suplicó Luisa.

Pero el automóvil arrancó y se perdió en la penumbra de la calle. Luisa no obtuvo otra respuesta que el sonido del claxon. Después, pausadamente, dió media vuelta e introdujo la llave en la cerradura, henchido el corazón del doloroso presentimiento de que algo muy bello había muerto para siempre.

CAPITULO VI

DESCUBRIMIENTOS

—Bueno, cuando Prescott venga, entreténganle durante la sesión. ¡Oh! ¿Qué dice? ¿Que está...?

Quien así hablaba era Nelson. Estaba telefoneando sus órdenes a la junta de los consejeros de su compañía, con el fin de poder entrevistarse sin estorbos con Luisa, quien, sin duda alguna, le demostraría aquella noche su agradecimiento.

—Sí, señor Nelson. Ha llegado cinco minutos antes que los consejeros.

—Hay que procurar que la sesión dure cuando menos hasta las dos — indicó Nelson—. Dígale todo lo que quiera saber, siempre que no sea importante. Sí... Adiós.

Nelson colgó el aparato y se frotó las manos. Después, fué hacia las botellas de champaña — cuatro —, puestas a refrescar.

Mientras los consejeros de la compañía estaban reunidos y empezaban una tediosa sesión, colmada de

cifras y de frases técnicas, que Jorge iba anotando meticulosamente, Luisa salía del cinematógrafo.

De detrás de una columna se le aproximó un hombre corpulento e irritado. Era Joe, que, sin encomendarse a nadie, le espetó amenazador:

—Oiga, un momento, jovencita.

—¡Ah! Hola — le saludó Luisa, sin detenerse.

—No empiece usted mintiéndome — le aconsejó Joe, dando rancadas a su lado—. ¿Qué ha hecho usted de mi abogado?

—¡Oh!

—Antes era una persona decente, honesta y cabal. ¡Ahora hay que verle!

—¿Qué le ocurre ahora?

—¿Que qué le pasa ahora? Que come en el restaurante y cada comida le cuesta ochenta y cinco centavos. Yo sé que no debería gastarse más de treinta. Y ha llegado a darme un cheque de sesenta y

cinco dólares con quince centavos. Y ha liquidado toda su cuenta. ¿Y sabe qué ha resultado?

—¿Qué?

—Que el cheque es bueno.

—¿Le ha dicho algo a usted?

—No, No habla. Se sienta allí muy entristecido. ¿Puedo saber lo que le ha hecho usted?

Esta última pregunta fué vociferada. Algunos peatones se detuvieron llenos de curiosidad. Luisa se percató de ello y apretó el paso, escoltada por Joe, que aguardaba su contestación.

—Nada. Si precisamente lo que yo quería hacer era algo por él.

—Le busco a usted una invitación para una fiesta. Usted se pone a hablar con un multimillonario que es de cuidado, que tiene reputación muy mala en toda Norteamérica, Sudamérica y podría decir que en Centroamérica y, como final, me vuelve malo al chico mejor que he conocido.

Luisa se paró indignada.

—Yo no he vuelto malo a ningún chico. Y quien pierde con esto soy yo.

Trató de reanudar su camino, pero la fuerte mano de Joe la mantuvo quieta. Algunos curiosos empezaron a agruparse en torno de ellos. Joe no se fijó en este hecho, sino que siguió chillando:

—Usted me va a explicar eso, de lo contrario le armaré un escándalo mayúsculo.

—Déjeme que me vaya.

—Usted no se marchará hasta que hayamos terminado.

—¡Ya lo creo! ¡Tengo una cita! — exclamó Luisa, luchando con la mano.

—Conque una cita, ¿eh?

—Sí, y precisamente la he aceptado por su bien. Ya le explicaré todo esto mañana.

Antes de que pudiera evitarlo, Luisa se zafó de su apretón. Joe se lanzó tras ella y la sujetó. Una mano se apoyó en el hombro del camarero, una mano que no tenía nada de cordial. Era un guardia.

—¿Qué le pasa, amigo? — preguntó el representante de la Ley.

—Nada, guardia.

—¿Por qué no quiere dejarla ir? ¿Es quizá su hija o acaso su prometida?

Luisa se escabulló entre los curiosos, mientras Joe explicaba:

—No, guardia: usted cree... Yo... ¡Guardia, se ha ido!

—Ande, tranquilícese. No se excite — le aconsejó el guardia, sujetándole.

—Sí, pero la señora...

El guardia, prodigándole buenas palabras, le llevó en dirección contraria a la tomada por la joven.

En presidente del consejo, dos horas después, resumía su anterior exposición, en medio de los bostezos de sus colegas, de la siguiente manera:

—Ya está concluido el informe firmado el 31 de marzo. Si no hay objeción, el presidente presentará la proposición de que se aprueben las cuentas.

Todos los hastiados consejeros estaban más que conformes. Había cumplido, parcialmente, las órdenes de Nelson de retener a Prescott y lo había hecho con aquella lectura que había puesto a prueba su paciencia.

—¿Y usted, señor Prescott?

Jorge alzó los ojos del papel en el que había estado garrapateando cifras, miró al presidente, tornó a

consultar los guarismos y contestó lentamente:

—Pues no estoy de acuerdo con el informe, puesto que los números no coinciden. ¿Le molestaría mucho volver a leerle, señor?

El presidente se estremeció, pero era hombre de grandes recursos y salvó la situación.

—Puede usted llevarse el informe a la sala inmediata y examinarlo, y luego darme su conformidad, mientras nosotros seguimos estudiando... otros asuntos.

—Por mí, encantado.

Jorge cogió el informe y pasó a la habitación contigua. En cuanto hubo desaparecido, el presidente sacó una baraja y anunció:

—Ahora nos ocuparemos de lo más interesante.

—Menos mal — suspiró alguien.

—¿Lo acostumbrado?

—Claro.

—Los restos serán de dos mil dólares y el descarte obligatorio. ¿Qué tal?

Todos estuvieron conformes e iniciaron una partida de póker, olvidados de las indicaciones de Nelson, partida que había de tener importantes repercusiones en vidas ajenas a las de los jugadores.

Luisa se hallaba en las habitaciones de Nelson. Este la había acogido como un campo resaca a la lluvia y casi la había llevado en brazos hacia el diván. Después, se dirigió hacia las botellas de champaña y se puso a destapar una, en tanto que decía:

—Menos mal que por fin vamos a conocernos mejor. Esta vez lo tengo preparado todo. No vendrá a interrumpirnos ningún camarero idiota... ¿Dónde está usted?

Luisa había desaparecido del diván. Nelson la descubrió sentada en una silla pequeña, construida exclusivamente para una persona.

—¡Oh! ¿Está usted ahí? — dijo Nelson, yendo hacia ella con una copa de champaña—. No hay nada mejor para refrescar que una copa de champaña.

—No quiero tomar champaña —

rehusó Luisa—. No estoy acostumbrada.

—Pues no sabe usted lo que se pierde — insistió Nelson.

—No, gracias.

—Está tan rara esta noche. Yo también quería hablar con usted. Supongo que no tendrá miedo de mí.

Y se puso a deambular por la habitación, cerrando los interruptores de las numerosas lámparas encendidas. La alarma de Luisa aumentó. Comenzó a barruntar que, si la cosa continuaba así, de poca ayuda serviría a Jorge, porque tenía un miedo cerval.

—¿Para qué hace eso? — preguntó con la lengua entorpecida.

—¿Qué?

—Apagar las luces.

—Es una antigua costumbre mía. No me gusta tanta luz. Parece más fría la habitación.

—A mí me gusta la luz.

Nelson llegó a su lado y Luisa le rehuyó como si le estuviera apuntando con una pistola.

—No quiero molestarla—se amoscó el financiero—. No soy un lobo ni usted Caperucita Roja. Vamos a nuestra conversación. ¿Cómo han ido las cosas?

Había conseguido su propósito de llevarla al diván y parecía dis-

puesto a escuchar. Luisa no desaprovechó la ocasión.

—De eso quería que hablásemos.

—¿Cómo se casó con un hombre tan viejo que puede ser su padre?

—No es viejo. No tiene ni con mucho los años de usted.

Nelson acusó la herida en lo más profundo de su vanidad y tardó un rato en dominarse. Después, prosiguió:

—Es un ridículo... Con esa barba tan rara...

—¿No ha llegado a verle sin barba?

—No, y le aseguro que no tengo ganas de hacerlo.

—¿Pues no le ha hecho su representante? — preguntó Luisa.

—Pero eso no quiere decir que le esté mirando continuamente. Su sitio es el despacho de asesoría.

Quiso pasar un brazo por los hombros de Luisa, pero ésta se puso en pie. Así tenía más facilidades para rehuir al Casanova.

—¿Y ese contrato que ha firmado?... ¿Es legal o no lo es?

—¿Qué quiere decir? — exclamó Nelson, frunciendo el ceño.

—Pues... si es bueno. ¿Será válido ante cualquier tribunal?

—Yo no engaño — replicó Nelson dignamente—. Si su esposo tiene dudas respecto a ese contrato...

Había llegado el momento decisivo. Jorge estaba protegido por el contrato y no había por qué continuar con la comedia. Luisa aspiró aire y contestó:

—No es mi esposo, señor.

—¿Qué me dice?

—Que no es mi marido.

—¿No?

—No.

—¡Oh!

Tras esta exclamación, que indicaba que, al fin, había comprendido, Nelson se alejó de Luisa con el rostro nublado. La mirada de sus ojos no presagiaba nada bueno. Luisa quiso apaciguarle antes de que estallara la tempestad que se avecinaba.

—Verá. Yo le conocí y, como era muy pobre y me gustaba, me dió lástima el muchacho. Y usted me prometió que lo haría rico... ¿Está usted enfadado?

—¿Conque todo era un complot?

—¡Oh, no! El no ha tenido nada que ver en esto. Si él hubiese sabido algo, se hubiese enfadado.

Nelson se detuvo en seco y rugió, avanzando amenazador:

—¡Cállese! Me gustaría partirle la cabeza de un puñetazo... Ese horrible barbudo. Apostaría que su barba es falsa.

—Se equivoca usted — defendió Luisa—. Se alejó ayer.

La puerta del apartamento se abrió de par en par y Joe penetró como un ciclón en la estancia, arrojándose literalmente sobre Luisa:

—¡Ya lo sabía yo! — bramó el recién llegado—. No puedo consentir que esto continúe.

—¡Suéltame! — chilló Luisa, procurando librar su brazo.

Joe la remolcaba implacablemente hacia la puerta. Al fijarse en Nelson, obedeció a la joven, aunque advirtiéndole:

—Ahora se marcha contigo o va a pasar algo terrible.

—¿Qué es lo que va a pasar? — quiso saber Nelson, sacudiéndose el asombro de encima.

—Su esposo ya sabe lo que ocurre — anunció Joe.

—No, no... — le avisó Luisa.

—Sí, sí... Y viene hacia acá.

Nelson se frotó las manos y dijo:

—¿Y por qué no le dejamos entrar?

Joe se quedó boquiabierto ante la inesperada contestación. Tragó saliva y exclamó:

—¿Qué dice usted?

—Que por qué no le dejamos que pase — repitió amablemente Nelson.

—Se lo he dicho todo. Ya lo sabe — le explicó Luisa.

Joe pareció disminuir de tamaño como un globo al que se pincha. Se dijo que había llegado el momento de hacer el mutis sin llamar la atención. Pero Nelson le paró.

—Un momento — rogó—. Yo le he visto a usted en otra parte. ¿Dónde le he...?

El timbre sonó con fuerza. Los tres se quedaron callados. Nelson, impaciente por la interrupción, se encargó de franquear la entrada a... Jorge. Luisa, al verlo, se refugió en la alcoba del financiero, a quien el abogado estaba diciendo:

—Probablemente no me conoce usted al verme sin barba.

—¡Oh!... Usted es... Muy interesante — dijo Nelson, haciéndole pasar, mientras sus ojos brillaban maliciosamente.

—No sé si le molestó, señor Nelson, pero he considerado un deber venir a verle inmediatamente...

¡Weschberg!

Joe, al ser interpelado, sonrió mustiamente y contestó:

—¡Hola!

—¿Dónde está? — le preguntó Nelson.

—¿Quién? — replicó Joe.

—Es una descarada conspiración — chilló Nelson, dirigiéndose a su dormitorio—. Pero llegaré hasta el fondo de ella.

—¿Por qué no nos vamos a to-

mar algo en el bar de la esquina? — propuso Joe, empujando a Jorge hacia la salida.

Con un grito de triunfo, Nelson sacó a rastras a Luisa de su alcoba y la puso delante de Jorge. Luego, esperó los acontecimientos frotándose las manos.

— ¡Luisa! — exclamó Jorge. Luisa, ¿qué haces aquí?

— Pues yo... Ya te dije que te lo explicaría todo.

— Es decir que ésta era tu cita...

— Sí.

— Yo no tenía idea de que se conociesen — aseguró Jorge al financiero.

Este se encogió de hombros desdenosamente y replicó:

— ¡No tenía idea! ¡Ciel que eran matrimonio!... Por eso le di la colocación.

Jorge corrió los puños y dio dos zancadas hacia Nelson, que se parapetó detrás de Joe, rugiendo:

— ¡No le importaría repetir eso, señor Nelson?

Luisa se interpuso, agarrando los brazos del joven, y suplicó:

— No, por favor; no le hagas eso. Ni sabe lo que está hablando. Déjale.

Jorge cedió, pero estaba lleno de amargura. Había abarcado el alcance de la situación. Obró como

si Luisa no existiera para él y aseguró a Nelson:

— Es muy gracioso, ¿no es verdad? ¿Qué le había dicho? Lo que hay que hacer es ser fiel a sus ideales. Ser honrado y no engañar a nadie.

— Oiga, ¿por qué no discute eso conmigo? — dijo Joe, persuasivo.

— No. Será mejor que vuelva a ser como antes. Le ruego que me perdone, señor Nelson.

Este atrapó al vuelo la cartera que Jorge le arrojó y se quedó sin saber qué decir. Luisa corrió en pos de Jorge, que se encaminaba hacia la puerta, suplicando:

— Jorge, déjame ir contigo.

— Déjele — ordenó Joe—. ¿No le ha hecho bastante daño?

Pero Luisa hizo caso omiso a la observación. Alcanzó a Jorge ante la puerta del ascensor.

— Jorge, por favor, escúchame.

— No tenemos nada que decirnos, señorita...

— Ginglebusher.

— Sí, ya lo sé.

El ascensor se detuvo en el piso y Jorge entró en él.

— Espera, Jorge. ¿Estás enfadado? No he querido ofenderte, sino ayudarte.

— Ya lo sé, señorita Ginglebusher. Muy agradecido.

Se corrieron las puertas del ascensillo, sintiendo que la desesperación sor y Luisa se quedó sola en el pasillo, rozando el alma.

CAPITULO VII

CUANDO QUIERAN...

Nelson y la portera estaban juntos al despacho de Jorge. El financiero, que llevaba una cartera, se cansó de pulsar el timbre y se encará con su desgredada compañera de espera.

—Sería mejor utilizar su llave. Esto dura ya dos semanas. No contesta al teléfono, no contesta al timbre... ¿Qué ocurre?

—¿Es usted su padre? — preguntó la portera, conmovida por la asiduidad de Nelson.

—¡Por Dios, señora!... — protestó el financiero—. Yo soy... su tío.

—Bien, entendido. Espero que no

será nada malo. Es un caballero, digo yo; pues...

Prescott bajó los pies, que tenía puestos encima de su escritorio, y arrojó a un punto indeterminado de la habitación la colilla de su cigarrillo. Iba sucio, despeinado, y la barba había florecido nuevamente en su mentón. Las voces que sonaban en el descansillo, le guiaron hasta la puerta de su bufete.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Prescott, y... — empezó a decir la portera.

—No quiero ver a nadie — dijo Jorge.

Los dos interlocutores de la esca-

lera escucharon el ruido de sus pasos que se perdían en el interior del piso. La portera se volvió hacia Nelson y comentó:

—¿Se da usted cuenta?

—No se preocupe usted. Ya lo arreglaremos.

Se apoderó de la llave de la portera, que recibió, a cambio, un billete de diez dólares, cantidad suficiente para acallar sus escrúpulos. Jorge, al oír pisadas en su casa, salió a la antesala.

—¡Usted aquí! — gritó furioso.

—Pero, hombre, no empiece usted otra vez — le aconsejó Nelson.

—¿Cómo otra vez?

—Sí, con esa barba. ¿No se imagina lo viejo que le hace? Y usted no es un abuelo. Es un joven.

Jorge abrió y cerró las manos varias veces sucesivas. Le costaba dominarse. Con voz que sonaba del mismo modo que un metal bajo la lima, solicitó:

—Señor Nelson, ¿quiere hacerme el favor de irse?

Nelson entró en el despacho como si no le hubiera entendido y se volvió sobre sus talones para poder mirarle de frente.

—Se tiene que afeitar inmediatamente — le amonestó—. No puedo tolerar esa barba a mis abogados.

—Yo no soy su abogado.

—Pero yo opino lo contrario. Y

no tengo intención de romper nuestro contrato.

—Lo romperé yo.

—No puede hacerlo — le avisó Nelson—. Ese contrato está legalizado y es válido ante los tribunales.

—¿Si le tiro por la ventana, señor Nelson, se rompería el contrato?

—Hombre... se rompería mi cabeza — replicó Nelson impávido—. Y el resultado serían nuevas complicaciones para usted. Como abogado debe saberlo.

—No importa.

—Pero a mí sí. Voy a sentarme.

Y el financiero hizo lo que decía. Jorge apretó los dientes con rabia y alargó sus grandes manos hacia el cuello de su visitante.

—Oigame, señor Nelson. La primera vez que le vi, sentí impulsos de arrojarle a usted. ¿Por qué no lo haría entonces?

—Porque usted no es hombre que siga el primer impulso. Eso tiene de bueno y por eso estoy aquí.

—Si le gusta oírse hablar, señor Nelson, puede quedarse aquí solo.

Jorge entró en la cocina y echó la llave a la puerta. Nelson aporreó ésta varias veces y, no obteniendo contestación, se encogió de hombros. Pasó a la antesala, fingió ce-

rrar de golpe la puerta cristalera y esperó.

Jorge cayó en la trampa. Salíó a su despacho. Entonces, con gran desparpajo, como si nada hubiera sucedido, Nelson se presentó ante él y, simulando no ver la peligrosa mirada del joven, exclamó:

—Pues, como iba diciéndole, el hecho de que usted no diese su conformidad al consejo y que no se aprobasen aquellas cuentas, me ha ahorrado nada menos que doscientos ochenta y cinco mil dólares... Una suma muy bonita, señor Prescott, con barba o sin ella.

La boca de Jorge se abrió, pero la volvió a cerrar con un chasquido. Sería una nueva astucia del taimado financiero. Este, adivinando lo que pasaba por la mente del abogado, prosiguió como si tal cosa:

—Como no ha leído estos días los periódicos, no sabe nada. Un gran escándalo. He despedido a cinco de mis seis directores y me he quedado con el sexto, porque es algo pariente y lo bastante idiota para no hacerme mucho daño. Por eso, quería proponerle que continuara nuestro contrato, olvidando ciertos incidentes relacionados con él... ¿Qué opina?

—Si eso es verdad...

—Ciertamente. Por lo tanto, no perdamos el tiempo. Vaya usted a

afeitarse. Ya sabe que no quiero abogados con barba. Es una manía. Además, tiene usted una cita.

—¿Una cita? — se extrañó Jorge.

—Sí, con el señor Wechsberg. Está preocupado con usted. El y... alguien más.

La sonrisa de placer se borró de los labios de Jorge. Aquello era un ingerencia en sus asuntos personales, además de haber tocado la carne dolorida de una herida muy reciente.

—Yo aceptaré su oferta, señor Nelson — replicó con altivez —, pero no debió citarse en nombre mío.

—Pues yo acudiría. Mire, Wechsberg y yo acabamos siendo buenos amigos. Quedó un poco de champaña y nos ayudó a ello. Y, como resultado, va a abrir un restaurante esta noche. Usted y yo estamos invitados.

—Pues me alegro mucho por Wechsberg, créalo.

—Y yo también. Sólo se venderán mis artículos. Aféitese y yo esperaré tranquilamente a que termine.

—No, no saldré de mi casa, señor Nelson. Y no pienso afeitarme y mucho menos discutir mis asuntos privados con usted. ¿Está esto claro?

—Escuche, amigo mío...

—Yo no soy su amigo — le cor-

tó Jorge—. Soy su abogado y no quiero oírle.

De nuevo, Nelson se encogió de hombros. Había hecho cuanto había estado a su alcance. La voluntad de Jorge era superior a la suya, sólo porque estaba despojado. Pero el gran conocimiento que el multimillonario tenía de la psicología humana, le inducía a colegir que el enfado de Jorge no sería de gran duración, pues la juventud sa-

be perdonar y olvidar. Por eso él era joven.

Tras estas reflexiones, se terció el sombrero en la cabeza, echó la cartera sobre la mesa y desapareció de aquel nauseabundo despacho sin añadir una palabra más.

Sin duda le hubiera alegrado ver la arruga de perplejidad que se insinuó en la frente de su obstinado abogado a la fuerza.

Joe estaba en la gloria. Pensaba en lo sorprendente que es el destino cuando se pone a jugar con la vida de los seres humanos. Esta meditación no tenía nada de agria. Estaba en la gloria, se repitió, paseando los ojos por su restaurante. Se habían acabado las preocupaciones; al menos, la de orden económico. Con la fortuna de Nelson respaldándole, podía tumbarse y soñar.

Pero no tenía ganas de soñar. Aquello era una realidad: un lujoísimo restaurante colocado al borde de un lago, junto a unas espléndidas cascadas, en plena naturaleza, al que acudían constantemente las personas más elegantes del círculo social de Conrad Nelson. Era aquél un momento como pocos es dable disfrutar a un mortal.

Corrigió la indumentaria de un camarero, dió varias órdenes a otro

y se balanceó orgulloso sobre los talones. Después se dirigió a la entrada del restaurante, coincidiendo con la llegada de Luisa.

Llevaba ésta un vestido blanco y vaporoso, que daba gracia a su belleza. Los ojos de los hombres se fijaron en ella. Sin saber por qué, mientras iba a su encuentro, Joe se sintió más satisfecho de la joven que de su local.

—¡Hola!

—¡Hola!

Se estrecharon las manos. La de Luisa temblaba ligeramente.

—La acompañaré a su mesa — dijo Joe, sin soltar su mano.

Cruzaron la sala. Joe la condujo a una mesa puesta en un rincón, a dos pasos de la orquesta. Antes de que su amiga tomara asiento, Joe preguntó:

—¿Qué le parece?

—Está muy bien.

Joe la ayudó a sentarse y luego se acomodó a su lado.

—Es de primera clase — aseguró —. ¿Recuerda cuando le serví el emparedado de pavo por el precio del de hígado de pollo?... Pues aquí es donde se puede vender el hígado picado de pollo al precio del de pavo. Ya está todo preparado para su canción. Hemos preparado un reflector que le ilumine la figura... Y procure superarse, porque le preparo una sorpresa.

Los ojos de Luisa se clavaron en los suyos.

—¿Una sorpresa?

—¡Hum, hum!... No quiero decirle lo que es, pero le gustará a usted.

Luisa no tuvo dificultad en adivinar de lo que se trataba.

—¿Le parece que vendrá aquí?

Joe se levantó y le hizo un guiño.

—Yo no le he dicho a usted nada, ¿eh? El señor Nelson se molestaría. Perdóne...

El antiguo camarero se encaminó hacia la entrada, donde Nelson entregaba su sombrero a la encargada del guardarropas. El corazón le dio un vuelco al contemplar el gesto de desaliento del financiero y su falta de compañía. Pero todavía cabía una esperanza.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Prescott?

—No quiere venir — replicó secamente Nelson, echando a andar.

Joe se quedó inmóvil por la sorpresa. Después trató tras el multimillonario, lamentándose: —

—¡Pero eso es imposible! ¡Hacer eso conmigo!... Está ahí esperando, con su vestido nuevo, que le sienta muy bien: está guapísima, ¿eh?... Y que lo he pagado yo. Está preparada para actuar y tiene el atrevimiento de...

Llegaron a la mesa de Luisa sin que se agotaran las quejas de Joe. La joven se levantó al verles.

—¡Buenas noches, señor Nelson!

—¿Qué tal está, Luisa?

—¿Está por aquí? — preguntó Joe.

—No — respondió Luisa, comprendiendo a quien se refería—. ¿No me había dicho usted?...

—Estará aquí por cualquier sitio, ¿verdad? — la consoló Joe, poniendo por testigo a Nelson.

—¡Oh!... Yo no sé — respondió Nelson, sin comprometerse.

—Pues debía usted saberlo. Acaba usted de dejarle, ¿no es así?

—Sí.

—No le veo por ningún sitio — dijo Luisa.

—Hoy es muy difícil. Hay mucha gente. Ya se sabe, como hoy inauguramos.

Joe llevó a Luisa hacia la orques-

ta y anunció que, finalmente, la esperada canción de la joven iba a ser oída.

Se encendió un reflector, los instrumentos atacaron los primeros compases, y Luisa cantó las primeras notas.

De repente, su corazón de enamorada presintió que Jorge había entrado. En efecto, así era. Sin previo aviso, bajó del estrado y corrió hacia su amado, que la estrechó entre sus brazos.

El reflector la buscó por toda la sala, iluminando, con gran regocijo del público, durante un segundo,

a la extasiada pareja formada por Nelson y Joe.

Luisa y Jorge bailaban en la pista, completamente solos. Y la canción de Luisa acompañaba sus giros y vueltas, como muestra del mundo feliz en que ambos se hallaban sumidos en aquel instante.

Antes de que concluyese la interpretación de Luisa, ésta y Jorge corrieron a refugiarse en un macizo de sauces, de donde surgió la hermosa voz de la joven, mezclada con el majestuoso rugir de las cascadas, hasta que, por último, se apagó en un suspiro de dicha y de amor.

FIN

TITULOS EN EXISTENCIA

RESEÑA "TRIUNFO" — PRECIO: DOS PTAS.
Amor juvenil, por Allan Harvey y Louis Jordan.
Misses Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

PRECIO: TRES PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
Carece de baile, por Marie Bel, Harry Burr y Elaine.
Cuando de oficio, por Jane Withera.
La ruta sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, por Edwige Feuillère.
En nombre de los periódicos, por Margaret Lockwood, Harry Harnas.
Adorable intrusa, por Judy Canova.
Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
Camión de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del anillo, por Gino Cervi y Luisa Ferida.
La ley expone, por Michelina Presley y Marcelle Chantal.
Vuelta al ayer, por Olive Brock y Aimee Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Por una guerra, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Fosco Giachetti.
Metodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.

Historia de una noche, por Eablia Olmos y Barnaby Ricketts.
Lydia, por Marie Osmond.
Resaca la lluvia, por Emma Gramatica e Isa Pola.

El joven Edison, por Mickey Rooney.
El explorador perdido, por Eusacer Tracy.
El marido está loco, por Myrna Loy y William Powell.

Edie se vive una vez, por Henry Fonda y Sylvia Sydney.
El orgullo de los yaguas, por Gary Cooper.
El castillo de los minutos, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Peter Lorre.
Bala de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.

ADA y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joe MacCraw.

El rey de los mares, por Frankrot Torre.
Expone, desator y enferma, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.
Ena, por Thomas Power, Loretta Young y Annabella.

Tú seas mi marido, por R. Helne y John Payne.
Siempre Eva!, por Leslie Howard.
Recuerda aquel día, por Claudette Colbert.
Mi noche de Andelholm, por Angelita.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
Encomendado hoy, por David Niven y Loretta Young.

El viejo sordomudo, por Rian Marini, 1. de
pina.
Hacia un millón de años, por Victor Maure y
Carole Landa.
La casa de los niños, por Jack Young.
Quiero amarla, por Madelon Scott y Kay
Harris.
Un hombre invisible, por Melvyn Douglas y
Joan MarCUS.
Quiero ser como Peter, por Linda Hayward.
Así como que cuando se ama, por Emma
Lynn y James Craig.
Quiero ser, por Frances Foster.
Ha vuelto aquella mujer, por Melvyn Douglas.
La que guarda las mujeres, por Marie O'Brien
y Melvyn Douglas.
Jura a descomulgado, por Laird Cregar, Marie
O'Brien y George Sanders.
No se perdía una millonaria, por Fredric March
y V. Brown.
La mujer judía, por Jean Blondell y An-
tonia Irving.
Amor y persecución, por Tyrone Power, Loretta
Young y Ann Ralston.
Tiempos de vida, por Tyrone Power y Linda
Starnell.
(Por la se. eterna), por Sonja Henie, Jack
Hicks, Oscar Romero y Carole Landa.
Adas y una granada, por Don Ameche y Dana
Andrews.
Seis mujeres, por Charles Boyer, Charles Lam-
ont, Edward G. Robinson, Ann Hayworth, etc.
El que y el cuando, por Bob Hope y Pa-
tricia Goddard.
El argumento invisible, por Henry Fonda y Ma-
rietta O'Hara.
Consejos maternos, por Laird Cregar y Linda
Starnell.
Fuerza del amor, por George Montgomery y
Ann Ralston.
El encanto de Nápoles, por Robert Donat y
Bibi Storer.
La vida de la canción, por Alice Faye, Don
Ameche y Henry Fonda.
Luna, por Dana Andrews y Gene Tierney.

PRECIO: 3 PTAS.

¿Quien mató a Vicki?, por Betty Grable y
Victor Maure.
La Xarina, por Anne Baxter William Wyler y
Tallulah Bankhead.
Mi única favorita, por Madeline Carroll y Bob
Hope.
Claudia, por Dorothy Mar Quire y Ralston
Young.
Alma rubia (Jeanette), por Oscar Wallace y
Joan Fontaine.
La casa de la calle 32, por William Wyler.
Se casó a él mismo, por Tyrone Power y Joan
Fontaine.
Cinco de los reyes, por Marie O'Brien y Lan-
cetina Oliver.
(Qué verde es el valle), por Walter Pidgeon.
Viajes en las nubes, por Tyrone Power y Miriam
Loy.
El viejo amor, por Cary Grant.
Cachibana, por Humphrey Bogart, Ingrid Ber-
gman y Paul Henreid.
Ora, amor y sangre, por Errol Flynn.
La reina de la brigada (Jack), por Errol Flynn.
El último refugio, por Humphrey Bogart y Ida
Lupino.

PRECIO: 3.50 PTAS

La escuela de Broadway, por Jeanette Jones
y William Wyler.
Reforma al obispo, por H. Bogart

PRECIO: 4 PTAS.

Youn, por Carlos Lumbard.
Friedrich, por Ida Lupino y Olivia de Hav-
illand.
El pecado de los infantes, por Jorge Negrete.
El recuerdo, por Jorge Negrete.
Me he de casar con tí, por Jorge Negrete.
Hasta que perdí la vida, por Jorge Negrete.
Felicidad y amor, por Diana Durán y Robert
Allen.
Casita de Sancho, por Greta Hyman y Olivia
de Havilland.
Y así pasó, por Diana Durán.

SERIE "TRIO" (Tres argumentos juntos). —
PRECIO: 1 pta.

Las hermanas del infante, por George Peck.
Cita con los ángeles, por Len Man Callison.
El castillo de la vida, por Fred Mac Murray.
Nuestro amor, por Tallulah Bankhead.
Conflicto sentimental, por John Payne y Ma-
rietta O'Hara.
El gran milagro, por Don Ameche y Loretta
Young.

Amor y el rey de Siam, por Irene Dunne y Rex
Harrison.
El castillo de Dracula, por Gene Tierney y
Vincent Price.
Solo en la noche, por John Hodiak y Nancy
Gould.

PRECIO: 3.50 PTAS.

El pecado de Chino Brown, por Charles Boyer y
Jeanette Jones.
El santo, por Vincent Price.
¿Angel o diablo? por Alice Faye y Dana Andrews

SERIE "PRODUCCION ESPANOLA". —
PRECIO: 2.50 PTAS.

Las hermanas San Agustín, por Imperia Argen-
tina.
La vida de Juan Sienra, por Angélica, Pilar
Mañón y Carmen Amico.
El tiempo, por Lucía Barón y Rafael Durán.
Felicidad a bordo, por Lina Vargas.
Remedios, por Alfredo Mayo.
Se casaron a él, por Antonio Vico y Estrella
García.
Teresa, por Imperia Argentina.
Mariana, por Alfredo Mayo.
Felicidad, por Lucía Barón y Rafael Durán.
La familia de la Dama, por Carmen Amico
y Lina Vargas.
Una mujer de mujer, por Lina Vargas y R. Bar-
rón de Córdoba.
Los millones de Polibérica, por María Sante-
nilla, Manuel Luna y Lina Vargas.
Torchlight, por Estrellita Castro.
En la escuela de la Universidad, por María José
Sant. Luis Prados y Michel.
Flore y Narciso, por Blanca de Siles y Pastora
Pardo.
Legión de honor, por Estrellita Castro, María
Narciso y Lucía Barón.
El amor, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Nuestro amor, por Ana Mariscal y Enrique
Guitart.
Se ha perdido un cadáver, por Roberto Fern.
La vida es una loca, por Lucía Barón y Manuel
Merlin.
Mi vida es un sueño, por Lucía Barón y
Julio Peña.
Definitivamente casado, por Amparito Reyes y
Alfredo Mayo.

En católicas famas, por Amparo Brizola y Alirio Mayo.

Campesinas, por Luchy Sosa y Carlos Muñoz.

El nombre de los músicos, por Fierpo de Andrade.

América torrance, por Alfredo Mayo y Ralfo Morgan.

Con las alas del alma, por Matilde Vázquez.

V. Fernández de Córdoba y Manuel Luna.

Elle, si y con silencio, por Juana Herman y Rafael Durán.

Musarón, por Juana Reina y Miguel Llágar.

El tarascón y Jaca Juana, por Américo Casal y Nely Delgado.

Angela es así, por Juana Heredia y F. Peraldo de Córdoba.

Un hombre de negocios, por Américo Casal y Juana Heredia.

PRECIO: 1.50 pta.

Serenata española, por Juanita Reina (con letra y música de Quintana, León y Quiroga).

PRECIO: 1 pta.

Amoroso, por Luis Viera y Manuel Cerezo (con letra y música de Quintana, León y Quiroga).

Reina Santa, por Mariachi Prieto.

La Luna va a los Antros, por Juanita Reina, con letra y música de Quintana, León y Quiroga.

La J, por Américo Casal y Nely Delgado.

La dama del anillo, por Luis Viera, Alicia Prieto, Jorge Madrid.

La más importante, por Fanny Nishara, Pepe Nishara, M. Luna, J. Nishara.

PELICULA GRAFICA. — PRECIO: 1 pta.

EL LINCH DE LA SELVA

EL LAURON DE SAGDAD

TAKKAN Y LA DIOXA

EL ALBORO HANDOLERO

RENDAS SINISTRAS

EL CAPITAN CAUTELA

NAHINOS A LA FUERZA

LA QUIMERA DEL GHO

TEXAS

EL HIJO DE LA FURIA

QUE PAR DE LOCOE

GUADALCANAL

ESTUDIANTES EN OXFORD

ESMERALDA, LA SINGARA

HACE UN MILLON DE AROS

LA TIA DE CARLOS

JACK, EL DESTROYADOR

PRECIO: 1.50 pta.

EL CIELO Y TU

CIUDAD DE CONQUISTA

LA NIÑA CONSTANTE

SU PROPIA REPUTACION

ARREBICO POR COMPASION

SHERLOCK HOLMES DESAFIA A LA

MUERTE

LA EXTRAÑA PASAJERA

EL TIO DELA NAYAJA

HUBIERON CON LAS BOTAS PUESTAS

PUBLICACIONES VARIAS

PRECIO: 2 pta.

Antonie Hochia (Ensayo en verso).

PRECIO: 2.50 pta.

Cancionero de hoy, 100 canciones y 10 fotografías y biografías.

Cancionero Juvenil (Repetitorio Alado-Lepel).

Cancionero "González Nucha". Sus canciones originales.

PRECIO: 1 pta.

Cancionero "Roberto Fajó". Las canciones más nuevas de este gran artista. Biografía. Anecdotes. Sus mejores poemas. Poesía antológica.

Canciones y bailes de España (Repetitorio de Gonzalo Plágar, sobre las canciones de su repertorio actual).

Zambra 1948 (Canciones y canto típico del espectáculo de Los Flores y Manuel Carraz).

por Quintana, León y Quiroga.

Albela (Canciones y verso largo del espectáculo de Antonio Amaya, por Clemente y Alagrá).

PRECIO: 4 pta.

Cancionero en Rosa, 110 poemas, con las canciones de Jorge Negrete, "Totamente con música". "Música para ti". "Melodías del Destino". "Los tres voladores" y todo lo mejor.

Cancionero selecto (100 poemas musicales). Bando con música. Tercera y Cuarta. Argentina en España, Tercera (El Surco).

Los poemas musicales (Los poemas de los mejores poetas y compositores).

Cancionero "Enrique y Lorena" (100 canciones regionales).

Cancionero "Quintana, León y Quiroga" (con sus más hermosas y recientes canciones).

Solera de España, vol. 2 (Canciones y canto típico del espectáculo de Juanita Reina, por Quintana, León y Quiroga).

Cancionero "Melodías del Día" (28 poemas seleccionados. Canciones de las revistas To To, Vinieron las niñas; Himnos de las mujeres).

La canción de España; Luis de Viena (Himno veneciano); Anida más; Tengo más; (tema clásico).

Estudios cinematográficos de un cantante (la vida de los "cantantes" en los estudios; fotografías y grabaciones de los "cantantes"; los secretos del cine). 3 poemas.

México de Aunor, por Fidele Trémalchón. 1 poema (Lectura hilarena. Opusculo. Agradable). 1 poema.

Respeto de Francia, por Antonio Lozada. 700 poemas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-María Blázquez.

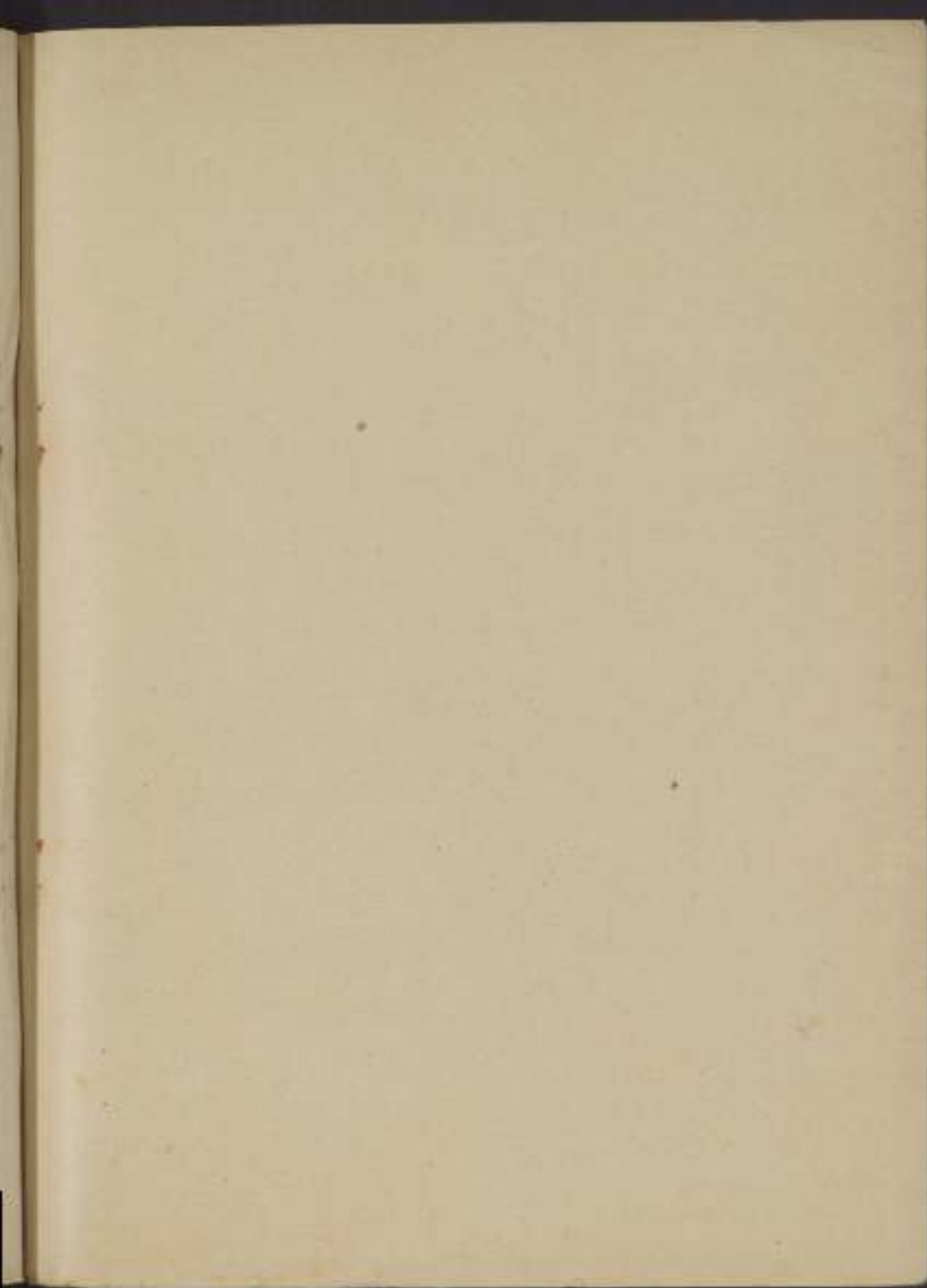
Precio: 2.50 pta.

Océano, Manolo y Arroz, por Juan Jara. No menos fotografías. — 2 poemas.

FILMOFONO, S. A.

Temporada 1947-48

TITULO	DIRECTOR	REPARTO
Los mejores años de nuestra vida (The Best Years of Our Lives) Samuel Goldwyn (Nueva promesa de la Academia de Hollywood)	William Wyler	Myrna Loy... Fredric March... Dana Andrews... Teresa Wright... Virginia Mayo... Harris Russell... Cathy O'Grady...
Seré tuya (I'll be yours) Universal International	William A. Seiter	Helen Durbin... William Bendit... Tom Drake...
Héroe perverso (Swell Guy) Universal International	Frank Tuttle	Henry Truhe... Ann Rye... Russ Warren...
Alhucemas Victoria Films	José López Rubio	Ismael + ... + José Bodalón... Adriano Rimoldi... Elena Martín... Nani Fernández...
A través del espejo (Dark Mirror) Universal International	Robert Siodmak	Julia de Hays... Lew Ayres... Thomas Mitchell...
Cenizas de amor (H. M. Pacham, esquire)	King Vidor	Hedy Lamarr... Robert Young... Charles Coburn...
Angel negro (Black Angel) Universal International	Roy William Neill	Don Horryes... Jane Wyatt... Peter Lorre...
Maria de los Reyes (Sevilla, 1600) Valencia Films	Antonio Gassman Merino	Ampero Escobedo... Jose M. Serrano... Raul Cancado...
Una noche en Casablanca (A night in Casablanca) United Artists	Archibald Mayo	Marge... Orlando... y Chico Marx...
The Web (Titch a determiner) Universal International	Michael Gordon	Billie Hutton... Edward G. Robin... William Bendit...
La cigarra FilmoFono, S. A.	Ricardo Rey	Juana María Argueta... Alberto Rivera... Soledad Urdar Gomez...





Cubierta T. II. J. JOLED
Preraphaeliti, 40 - Barcelona